REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# LATÍN DE HISPANIA: ASPECTOS LÉXICOS DE LA ROMANIZACIÓN

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 31 DE MARZO DE 1968 EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON ANTONIO TOVAR LLORENTE

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON PEDRO LAÍN ENTRALGO

MADRID
1968

# LATÍN DE HISPANIA:

# ASPECTOS LÉXICOS DE LA ROMANIZACIÓN

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

# LATÍN DE HISPANIA: ASPECTOS LÉXICOS DE LA ROMANIZACIÓN

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 31 DE MARZO DE 1968 EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

EXCMO. SR. DON ANTONIO TOVAR LLORENTE

Y CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. DON PEDRO LAÍN ENTRALGO

MADRID

1968

Depósito legal - M-6.142-1968

IMPRENTA AGUIRRE.-GENERAL ALVAREZ DE CASTRO, 38.-TELÉFONO 2 23 03 60.-MADRID

# DISCURSO

DEL

## Excmo. Sr. Don ANTONIO TOVAR LLORENTE

SEÑORES ACADÉMICOS:

COMENZARÉ dándoos las gracias rendidas por haberme concedido el honor de poder figurar junto a vosotros. La elección para ser miembro de la Academia es, en una sociedad como la nuestra, y en un momento de crisis en la cultura y en sus órganos, un honor tanto más apreciable. Encontrarme incorporado a una tradición española viva y continuada de dos siglos y medio me da seguridad y apoyo.

Me encuentro aquí entre mis nuevos e ilustres compañeros, comenzando por nuestro venerado Director, con varios de los antiguos colaboradores del inolvidable Centro de Estudios Históricos, donde me inicié yo también como alumno en los estudios de filología y lingüística, y aprendí hábitos de trabajo y constancia, y moral de eficacia y de modestia, y conciencia de los límites. Allí aprendí, continuando mis estudios en las Universidades de Valladolid y Madrid, el trabajo asiduo y metódico, la continuidad en la tradición científica, avanzando paso a paso sobre lo ganado por los antecesores en el estudio de un tema, la moderación en la discusión, la disposición a rectificar siempre, en una palabra, los hábitos sin los que no puede desarrollarse de modo continuo el conocimiento humano.

No considero todavía merecido el honor de pertenecer a

esta Academia, y más cuando, no pudiendo invocarse mi actividad como creador literario, mis méritos como cultivador de la lingüística no son los de una carrera colmada. Espero dedicar en lo que de ella me reste buena parte a servir a la Academia en sus tareas.

De la tradición histórica de nuestro país quizá el monumento más grande y durable sea la universal lengua que hablamos. Ingresar en esta Academia, que cuida de ella, y que puede gloriarse de sus Diccionarios, desde el *de Autoridades* hasta el iniciado y monumental *histórico*, es una invitación a su estudio, tanto más tentador e interesante para mí cuando trabajo buena parte del año lejos del querido suelo de España. Procuraré corresponder, pues, al crédito que la Academia me concede, y habré de colaborar con mi diligente trabajo, sirviéndola en su cotidiana labor de cuido de nuestro patrimonio lingüístico.

Me corresponde suceder en esta Academia al Excelentísimo Señor Don Luis Ceballos y Fernández de Córdoba, distinguido por sus estudios botánicos y que, desgraciadamente por corto tiempo, representó en ella ciencia tan importante en la lexicografía. Continuó en esta casa la tradición de sabios como Colmeiro y Bolívar, y con lo que él modestamente en su discurso de entrada calificó de "aficiones botánicas" pudo aportar conocimientos que son indispensables en el seno de la Academia de la Lengua. Los vocabularios de Andrés Laguna, el traductor de Dioscórides, y de José de Acosta, por no hablar sino de los clásicos primeros de nuestra ciencia botánica, inundan el diccionario.

Como filólogo siempre he envidiado a los contados colegas que, como Bertoldi o Rohlfs, son capaces de distinguir por sí mismos las especies vegetales. Por eso necesitamos de la ayuda de los conocedores de la naturaleza como mi ilustre antecesor en la Academia, en cuyas obras, según decía al recibirle el Sr. Sánchez Cantón, se admira

el "escrúpulo científico, la claridad y sencillez en la forma". Al comentar la flora del *Quijote*, describiéndonos los árboles y las plantas, ya echa de menos en Cervantes mismo la curiosidad por la naturaleza, esa curiosidad que los españoles han tenido cuando su espíritu aventurero les ha llevado a descubrir medio mundo y que tan poco frecuente es cuando se quedan en casa, por culpa acaso de una educación que cultiva la memoria y yo creo que la rutina.

En las tareas que absorben, como más de una vez he oído decir, a la Academia, en el estudio de los neologismos y los términos técnicos que en nuestro mundo actual son cada vez más importantes, se notará la falta del señor Ceballos y Fernández de Córdoba, profesor de Botánica y Geografía botánica en la Escuela de Ingenieros de Montes, autor de libros cuyo título (por ejemplo, *La reconstrucción de nuestras selvas, Pasado y presente del bosque en la región mediterránea)* atrae al que ama el suelo de España o al que se preocupa por las distintas condiciones económicas en que se hallan en la actualidad muchos países de historia antigua.

No he tenido el honor de conocer al Sr. Ceballos y Fernández de Córdoba, mas para mí es un lejano vínculo cordial saber que era descendiente de la familia condal de Gondomar, de tan ilustres pergaminos y con un antepasado cuyos méritos como embajador en Londres en la época de Felipe III aprendí a admirar en Valladolid, pasando por delante del viejo palacio filipino, todavía adornado con los blasones gallegos de la estirpe, y asomándome con mi maestro y admirador suyo don Julián Rubio a los legajos de Simancas donde se puede seguir su excepcional habilidad diplomática.

* * *

Durante largos años he enseñado latín, he leído con mis alumnos en Salamanca, y en otras universidades, o los he repasado para mí, una y otra vez, los autores y las inscripciones, los documentos de la lengua. Más de una vez, al pensar en español, saltaba una chispa al contacto con aquellos textos, y descubría, o creía descubrir, los orígenes de las palabras nativas que he aprendido en la cuna. Hoy llega la ocasión de dar un orden a muchas de mis desordenadas papeletas para presentar ante la Academia algunos rasgos del latín español.

Viniendo, pues, al tema que tengo el honor de exponer, quisiera ofreceros algunas consideraciones sobre la conquista de Hispania por el latín, sobre qué palabras latinas caracterizaron desde el principio el latín de la Península, y cómo se estableció en ella la continuidad ininterrumpida que pervive hoy en los labios de castellanos, catalanes, portugueses, como herencia de la colonización.

Desde tiempos de estudiante, cuando me asomé, aún sin preparación, a los *Orígenes del español* de Menéndez Pidal, confieso que ya la primera frase de su prólogo me dejó inquieto y curioso: "No trataré en [este libro, decía,] los orígenes remotos de la lengua española, sino los orígenes próximos, haciendo que lo que antes era una especie de prehistoria del español, entre, mediante la aportación de documentos nuevos, dentro de la historia propiamente dicha."

La ambición de estudiar algo de los orígenes también remotos de nuestra lengua despertaba en mí al leer esto, y a la vez se me indicaba el método para lograrlo: se debía, mediante la aportación de datos nuevos, convertir la prehistoria en historia. Me confieso, pues, deudor en esta incitación y en este método a nuestro Director, y quisiera por ello en esta ocasión ofrecer a la Academia al-

gunos indicios para aclarar el problema capital de los orígenes latinos del español.

Los documentos que podemos examinar son desgraciadamente escasos, y los resultados serán por consecuencia muy fragmentarios. Los orígenes próximos de nuestra lengua, que Menéndez Pidal ha estudiado con perfección que no tiene paralelo en las otras lenguas románicas, presentan un cuadro rico y coherente basado en los cartularios y documentos numerosos de la Edad Media. Pero en el estudio de los antecedentes remotos del español no podemos ofrecer sino atisbos incompletos. La lingüística nos ha enseñado primero que entre el latín y las lenguas románicas no hay solución de continuidad, pero nos enseña también que, aun sin solución de continuidad, el paso del tiempo va transformando una lengua hasta, diríamos, desnaturalizarla, y modificar su tipo y su estructura (1). Las lenguas románicas, el español entre ellas, son latín vivo, la forma en que hoy se presenta la lengua de Roma; pero en esta verdad late una paradoja: son latín vivo, pero son lenguas distintas, y si Cicerón levantara la cabeza, no creería su latín lo que se oye en las calles y en las casas de Madrid o de la misma Roma.

Los latinistas y romanistas han llegado a la convicción de que las dos posiciones extremas sobre el origen de las lenguas románicas tienen algo de cierto: el "latín vulgar" que sobrevive y se continúa en nuestras lenguas era por un lado uniforme y, al menos como ideal y norma, llegó sin diferenciar hasta el Medievo; mas, por otro lado, el germen de diferenciación local había sido llevado por cada grupo de colonos que imprimían su sello lingüístico

(1) De este problema de la lengua en el tiempo me he ocupado en mi lección de presentación en la Universidad de Tübingen, que se halla en prensa.

a cada región de la futura Romania. Desde el siglo III, y sobre todo desde el II antes de Cristo, cuando Roma comienza a establecer a sus soldados y sus comerciantes fuera de Italia, los nuevos colonos de Cerdeña, de Hispania, etc., al separarse de su antigua patria, inician ya la diferenciación.

La teoría de la uniformidad, exigida por el método reconstructivo de la lingüística histórica, llevaba al que fue maestro de romanistas en Nueva York, H. F. Muller, a defender que el latín de los documentos era lengua viva aún en el siglo VIII, mientras que M. Křepinský, el eminente romanista checo bien conocido entre nosotros por su trabajo sobre la inflexión fonética en el español, sostiene que una vez establecidos los portadores de la romanización en una provincia no hacían sino continuar un desarrollo autónomo e independiente (2). La diferenciación de los dialectos románicos se habría iniciado en España, según esto, casi mil años antes de la fecha en que los partidarios de la uniformidad ponen la muerte del latín.

En realidad lo que se opone en estas opiniones extremas son dos concepciones metodológicas, que son legítimas, y no tan incompatibles como parece, sino ambas necesitadas de mutuo complemento y ayuda. Los materiales que nos quedan del "latín vulgar" son por esencia contradictorios y caóticos, como puede verse en la extensísima tesis doctoral del gran Hugo Schuchardt sobre el vocalismo, y muchas veces los romanistas han preferido desentenderse de este desorden, abandonar las formas reales que emergen en las "incorrecciones" de una tradición confusa y refundir sobre la base de las lenguas románicas una reconstrucción unitaria y supuesta, obedeciendo a las le-

(2) Referencia a estos autores citados, y a otros muchos, puede hallarse en mi presentación del estado actual del estudio del latín vulgar, en *Kratylos*, IX (1964) 113-134.

yes de la mente humana, que trabaja y se orienta en la caótica realidad mediante la abstracción.

Si en los primeros tiempos de la filología románica predominó ese método de la reconstrucción, del asterisco puesto en formas deducidas, que tal vez se despreciaban cuando existían, después ha ido haciéndose lugar, dentro de los cuadros sistemáticos y coherentes del método riguroso basado en el postulado de la "unidad del latín vulgar", la variedad infinita y el desorden. Busquemos en esta dirección algunas peculiaridades del latín de Hispania.

Un gran maestro de la filología románica, G. Gröber (3), formulaba hace ya más de ochenta años una teoría que ha demostrado su solidez, y que precisamente se vuelve a probar en los ejemplos que voy a presentar: conforme a ella, las características de los dialectos románicos dependen en buena parte de los rasgos del latín fundacional, es decir, de la época en que los colonizadores romanos se instalaron en la región. Así tendríamos que, fuera de Italia, primero Cerdeña, luego Hispania (y en ella, por orden de arcaísmo, español, portugués, catalán), más tarde Galia (donde el occitano es un siglo anterior al francés) y finalmente Recia y Dacia, representan la implantación de latín de distintas épocas, con lo cual la cronología resulta determinante.

Esta teoría, combinada con las geográficas de la escuela italiana de la neolingüística, tal como la han expuesto M. Bartoli (4) y más recientemente G. Bonfante (5), nos

---

(3) Vulgärlateinische Substrate romanischer Worter, en *Archiv für lateinische Lexikographie*, I (1884), 204-51, 539-57; II, 100-07, 276-88, 521-43; III, 138-43, 264-75, 507-31; IV, 116-36, 422-55; V, 125-32, 234-42, 153-86; VI, 117-49. Véanse en particular las páginas 210 y sigs., de la primera colaboración.

(4) Sus principales trabajos se hallan reunidos en su libro *Saggi di linguistica spaziale*, Turín, 1945.

(5) Aparte de otros trabajos suyos nos remitiremos al reciente

orienta muy bien sobre los aspectos léxicos del latín de Hispania que vamos a examinar, y nos explica sus rasgos arcaicos, fijados, como veremos en el léxico, a partir del desembarco de los romanos en 218 a. C. Así se han señalado como arcaísmos léxicos de los dialectos románicos de Hispania: *oír*, *hermoso*, *mesa*, *comer*, *hablar*, *feo*, *hedor*, *enfermo*, *ir*, *malo*, *madera*, *mujer*, *preguntar*, *querer* (en los dos sentidos de *amo* y de *uolo*), *trigo*, *barrer*, *pedir*, *ciego*, *cojo*, casos bien conocidos en que el esp. y el port., no siempre acompañados del cat., mantienen un latín más antiguo que los otros dialectos románicos.

Pero la lectura asidua de los autores latinos arcaicos sirve para documentar en más de un caso rasgos del latín hispano y algo de los caminos por donde llegó. Tres de los más grandes escritores latinos de la época preclásica, Catón en la primera mitad del siglo II, Lucilio en la segunda y Varrón en el siglo I a. C., estuvieron en España. Catón y Varrón fueron generales: el primero cónsul, con mando en la Citerior en 195-94; el segundo legado de la Ulterior contra César en la guerra civil. Ambos escribieron de agricultura, y del segundo sabemos por él mismo que estuvo durante años en España y se ocupó aquí del cultivo del campo. El otro escritor, del que no poseemos más que fragmentos, es el poeta Lucilio, el creador de la sátira latina, tribuno con Escipión Emiliano en la campaña de Numancia.

Si para el nacimiento y desarrollo del español de América habremos de acudir a los cronistas o a los primeros descriptores de la naturaleza americana, seguros de hallar sus inicios en las páginas de, por ejemplo, Bernal Díaz

---

mente pubblicato L'Iberia nelle norme areali di M. Bartoli, en *Studi di lingua e letteratura spagnola*, Pubbl. della Facoltà di Magistero Universidad de Turín (1965), 7-60. Del tema trata también S. Marinoni *CLH*, I, 236-33, con otras orientaciones interesantes.

del Castillo o Gonzalo Fernández de Oviedo, de la misma manera tendremos en los escritores latinos que estuvieron en la conquista de España, aunque sean pocos y conozcamos fragmentariamente su obra, por un lado palabras hispánicas que eran admitidas, con las cosas, en latín, y por otro, palabras, giros, usos gramaticales que con los soldados, comerciantes, empresarios de minas, colonos agricultores, tomaban pie en nuestro suelo y constituían el germen primero de la futura romanidad peninsular.

El estudio de los restos de la obra de Catón ofrece algunas sorpresas, más numerosas de lo que se podría esperar. Pero explicables si se piensa que especialmente su libro de agricultura refleja la técnica y las expresiones del siglo en que los romanos penetran en España y desarrollan el legado de las colonizaciones anteriores y de la tradición indígena. Catón (6) quedó especialmente vinculado a la provincia que gobernó en un momento decisivo, y el nombre de Porcio, que se halla en inscripciones romanas de Cataluña, Valencia y la región de Cuenca, con ejemplos dispersos valle del Ebro arriba y en la Bética (7), precisamente en las regiones donde el cónsul guerreó con habilidad militar y política, atestigua que en la romanización fue adoptado el nombre del gobernante que repetidas veces a lo largo de su carrera intentó salvar a los indígenas de la depredación y abusos de los conquistadores.

De las palabras agrícolas catonianas que perviven en España me voy a limitar a tres o cuatro que descubren, a mi juicio, varios rasgos de la implantación del latín:

---

(6) Algunas consideraciones más extensas sobre el tema de Catón y el latín de Hispania las he enviado para el homenaje en prensa al profesor J. M. Piel, eminente lusista y romanista.

(7) Véase el mapa 64 de *Elementos para un atlas antroponímico de la Hispania antigua* de J. Untermann (Madrid, 1965).

se trata de palabras que llegaron en la primera época de la conquista, demuestran la continuidad de esta primitiva tradición romana en las regiones mozárabes del Sur, y son rastro visible de la agricultura romana en la colonización.

Sea la primera la palabra *lebrillo*, que se encuentra además en valenciano, balear y catalán (8). Nuestro sabio etimologista J. Corominas (9) señala que tanto la forma *lebrillo* como las catalanas *llibrell*, etc., son mozárabes, y como mozárabes se documentan ya en Sevilla hacia 1100. La palabra latina, cuya etimología es *lauare* y designaba toda clase de palanganas y barreños, para remojar aceitunas o altramuces, para echar el aceite a que se limpiara de alpechín y heces, para medir vino, como vemos en el texto del propio Catón, más tarde, con el enriquecimiento y refinamiento de los romanos, *labrum* significa 'piscina para bañarse', y así la hallamos en Virgilio, Ovidio, Plinio el joven. Sólo como tecnicismo la tenemos en Plinio el naturalista y en Columela, y una vez en Virgilio *(Geórg.*, II, 6) como concesión sin duda al viejo latín campesino. Por eso la palabra se perdió en todas las lenguas románicas y sólo quedó en la España oriental y mozárabe, donde Catón guerreó y sus contemporáneos se estaban estableciendo y empezaban a ocuparse de la explotación del aceite, de tan gran porvenir en la Bética romana.

Al cultivo del aceite corresponde también otra de estas palabras catonianas: *trapetum*, término griego que se extendió con la industria en Italia, sobre todo en el Sur. Como en el caso de *lebrillo*, la difusión es también catoniana: se encuentra en esp. *trapiche* 'molino de aceite, y luego de azúcar'. Hay que añadir que también se conserva con el mismo sentido en italiano del Sur. Y también tenemos en cat. *trepitjar* 'pisotear, especialmente pisar la

(8) Meyer-Lübke, *REW*, 4812.
(9) *Dicc. crit. etimol. de la lengua castellana*, III, 61.

ava", que le parece a Corominas (10) un derivado mozárabe, como la forma castellana, de *trapetum;* señala el mismo etimologista, también de zonas mozárabes, los equivalentes de *trapiche: trapig* en Gandía, 1536, y *trapitz de rangamel* en Mallorca, 1466. En la vitalidad de la palabra en la Península no cabe duda que fue determinante la importancia de la explotación aceitera en el Sur y Levante: el propio Catón (*agr.*, 10, 4) habla de las *molas Hispaniensis*, ingenio que es una variedad perfeccionada del *trapetum* (11).

Otra palabra catoniana es *pocillum*. Catón (*agr.*, 156, 3) habla de un pocillo de barro, un *pocillum fictile* en el que se ha de poner una medicina al sereno de la noche. La palabra queda anticuada y no se registra más que como arcaísmo religioso (Livio y Plinio, con referencia a un mismo hecho) o en un pasaje del anticuario Suetonio que nos habla de una taza que el itálico Vespasiano usaba de su abuela. Corominas (12) señala el aislamiento en que se encuentra la palabra castellana *pocillo*, que carece de todo otro paralelo románico, y no se encuentra en el *Rom. etymol. Wörterbuch* de Meyer-Lübke. Y sin embargo, como dice Corominas, "aunque es singular la tardía documentación del vocablo, apenas cabe duda de que es descendiente popular del lat. *pocillum*." Toda duda se desvanece si colocamos la palabra en el ambiente catoniano y explicamos así la supervivencia del arcaísmo.

Otro término catoniano no pertenece a la agricultura,

---

(10) IV, 547 y sig.

(11) La *mola* es el procedimiento más perfeccionado; sigue el *trapetum*, y finalmente, el más rudimentario es la *solea*, un rodillo de piedra que vuelve una y otra vez. Tenemos algunos monumentos antiguos que ilustran estos distintos tipos de almazara, reproducidos y explicados en la conocida obra de H. Blümner en el Daremberg-Saglio y en Pauly-Wissowa.

(12) III, 535 b.

sino a la cocina popular. Se trata del pequeño problema del origen de la forma *mostachón* 'pasta de mazapán', que a mí me es familiar en la forma *mostachó* 'especie de bizcocho redondo' de Morella, en el Maestrazgo. Corominas (13) se pregunta si tendríamos aquí una derivación del italiano *mostacciuolo*, de semejante significado y origen, pero que ofrecería dificultades fonéticas y de cambio de sufijo, las cuales piensa él que se resolverían mejor con una derivación mozárabe, como precisamente ocurre con las otras palabras catonianas que estamos comentando. Catón en su librito (*agr.*, 121) nos da la receta de los *mustacei*, para los que se requería harina, anís, comino, grasa y queso, palo de laurel y hojas del mismo árbol para poner debajo de las pastas al cocerlas en el horno. El nombre se ha mantenido hasta ahora en nuestro romance, aunque en vez de con mosto se endulcen con azúcar, y los nuevos gustos los hayan hecho sin duda más suaves al paladar.

Vemos, pues, en estas palabras de Catón que sobreviven cómo llegaban los colonos romanos con su agricultura, sus vasijas, su vieja repostería. Si nos acercamos ahora a los fragmentos de Lucilio, nos vamos a encontrar con fuertes términos de jerga soldadesca. El caballero latino escribió en sus sátiras recuerdos de su campaña en España, en aquella ocasión en que Escipión tuvo que comenzar por devolver moral y disciplina a su ejército.

En el millar de versos sueltos e incompletos que poseemos en citas de Lucilio hay algunas palabras que parece se las estamos oyendo a los rudos soldados del cuerpo de guardia de Escipión. Alguna ha quedado acaso en nuestro romance para decirnos que los rasgos léxicos de la lengua arraigan en los tiempos de la misma conquista. En

(13) III, 154 y sig.

Lucilio nos hablan los conquistadores, y oímos las palabras que aprendían los indígenas romanizados de los soldados y colonos que se quedaban en su nueva patria. Son palabras expresivas y groseras, insultos o términos de jerga soldadesca, que reconocemos en Lucilio como antepasados de voces nuestras.

En un caso se trata de una expresión originariamente vulgar y grosera. En latín significaba *rostrum* 'pico' de ave o 'espolón de nave', o bien 'hocico o boca de animal', y es en un tono jergal e insultante como lo hallamos significando 'cara humana, rostro'. Así aparece en la literatura latina comenzando por Plauto *(Men.*, 89) : *homini rostrum deliges*, algo así como 'coser el pico a un hombre'. Pero el tono violento lo tenemos en tres pasajes de Lucilio:

*designati rostrum praetoris pedesque* (210 Marx).
*rostrum labeasque hoc uociferantis percutio* (336).
*baronum ac rupicum squarrosa, incondita rostra* (1121).

No puedo menos de traducir estos versos, pero habré de excusarme por verme obligado a buscar equivalentes de estas expresiones en un lenguaje bien poco académico (si aceptamos el sentido más convencional de esta palabra). El satírico latino alude al "morro y las patas del pretor electo", dice alguien en sus versos que "golpea en la jeta y en los hocicos al que así vocea", y finalmente Lucilio alude a "las barbas casposas y sin afeitar de rústicos y ganapanes". Pero *rostro* es en español y en portugués una palabra noble, que precisamente no se halla en las otras lenguas románicas (14).

(14) Fundión he desarrollado con pruebas más minuciosas, que aquí serían insoportables, el tema de Lucilio y el latín de España, enviado a Milán para el homenaje al profesor V. Pisani. Con referencia en especial a *rostro*, el rumano *rost* significaba 'boca, voz', nunca 'cara', por lo que lo consideramos de otra tradición, distinta de la que ha pervivido en español y portugués 'discutido si en catalán'.

El último verso aludido nos lleva a tratar de una etimología románica muy difícil: la de *varón* y *barón*, con *v* y con *b*. ¿Son dos palabras? ¿Son sólo una? Corominas (15) se inclina en el último sentido, y con él casi todos los etimologistas que se han ocupado del problema. Pero nuestro don Vicente García de Diego (16) deriva sin dudar *varón* con *v* del latín *baro*, es decir, de la palabra que hallamos en Lucilio, y nosotros creemos que esta opinión está perfectamente justificada. La hemos traducido como 'ganapán, bruto', y en otros textos latinos se halla con el significado de 'necio, tonto' (Cicerón), 'torpe' (Persio), 'atleta, hércules' (Petronio). Pero con valor no peyorativo, de 'ganapán, atleta' se pasa a 'varón', es decir, en términos menos académicos, lo que algunos llaman ahora 'macho' o algo así. En un pueblo que ha conservado sus rudas costumbres, el de los albaneses, el latín *baro* pervive en la palabra *bërno* 'pastor' (17).

Los romanistas han preferido, en general, identificar *varón* y *barón* y aceptar para ambas voces la noble derivación germánica, pero la verdad es que en italiano *barone* se halla con la significación de 'infame, miserable, canalla', y esto procede mucho mejor del *baro* luciliano, el mismo que en nuestra lengua se ha ennoblecido de manera explicable, aunque siempre con una uve que lo distingue de su aristocrático homófono.

Todavía tengo un par de términos insultantes que aparecen como en boca de soldados de la guerra numantina. Uno es *gumia*, vocablo raro, que se halla sólo en Lucilio (y en pasaje de Apuleyo que lo imita), y escrito, como otras muchas voces insultantes (*uinose, fatue, moece*) en unas fichas de marfil que los romanos usaban, no sabemos cómo,

15 I, 405.
16 *Diccionario etimológico español e hispánico*. Madrid, 1954, 565.
17 E. Çabej, *Die Sprache*, XIII, 48.

para un juego bastante divulgado (18). Como ya señaló F. Bücheler (19), uno de los más grandes latinistas que ha habido, *gumia* reaparece con el mismo significado en el esp. *gomia* 'tragón'. La palabra se registra misteriosamente en nuestra lengua y en ninguna otra románica, por lo menos desde el siglo XV, y la usa el propio Cervantes.

No hay ninguna dificultad fonética en derivar *gomia* de *gumia*, que además podría ser más itálica, es decir, umbra, que latina, pues en las tablas iguvinas hallamos por dos veces s i f k u m i a f, *si gomia*, con el significado de 'puercas preñadas'. Se trata, pues, de una palabra popular, que desde los soldados de la guerra de Numancia ha quedado con vida en la lengua hasta el *Quijote* y el *Persiles*, y en Valladolid todavía.

Contrasta, como sabe todo estudiante de filología románica, la forma antigua *comer*, en español y portugués, con los derivados de tipo más reciente, de un origen bajo y jergal que es *manducare*, en catalán, francés, provenzal, italiano, etc. Pero Lucilio nos da la clave de la vitalidad de *comedere* con otro insulto equivalente a *gumia*, que es el antecedente de nuestro *comilón*. El poeta que invocamos como testigo del latín llegado a España dice en uno de sus versos:

*uiuite furcones, comedones, uiuite uentris* (75 Marx).

Y con Lucilio sólo Varrón, el tercero de nuestros autores, vuelve a usarla en lo que poseemos de literatura latina (*Menipeas* 317 Bücheler). La palabra pervive en el esp. *comilón* y *comelón*, port. *comilão*, con desinencia seguramente asimilada a *dormilón*, pero más fiel a la forma latina

(18) Ch. Hülsen, *Röm. Mitteil.* XI, 230 y 232.
(19) *Rheinisches Museum*, XXXVIII, 523-25.

antigua en esp. *comedón*, port. *comedão* 'acne o granito con un punto negro'.

En una expresión satírica y vivaz llama Lucilio a unos viejos

*rugosi passique* (557).

Les aplica el término, vivo en las lenguas románicas, que se usa para las frutas secadas al sol y al aire, para las *pasas*, los higos, etc. Pero la extensión del sentido de *passus*, part. de *pando*, a otra cosa que a frutas, para significar 'secar, arrugarse' no va más allá de los romances de nuestra Península y de Occitania.

Y terminaremos los hispanismos que rastreamos en Lucilio con el adverbio *demagis* (528), cuyo mantenimiento en el texto fue defendido por Bücheler (20) contra Lachmann, precisamente alegando el esp. *demás*, cat. *demés*. El gran latinista explicó precisamente el pasaje del poeta comparando la sintaxis de la expresión nuestra "el *demás* vino".

Del tercer escritor latino que vino a España, el gran polígrafo Marco Terencio Varrón, comenzaré por decir que por una parte nos confirma negativamente que los términos de nuestra agricultura proceden no de su siglo, sino del anterior. La línea que lleva del *labrum* catoniano a nuestro *lebrillo* no pasa por él, ni tampoco la de *pocillo* o *mostachón*. En cambio hallamos en su obra palabras soldadescas lucilianas: *rostrum*, *comedo*, que ya hemos visto perduran en nuestro romance.

En Varrón encontramos también un antecedente de *cabeza*, palabra que "reemplazó a *caput* en port. *cabeça*, en castellano, en corso *cavezza* y en el antiguo dialecto de

---

20 Trabajo citado en la nota anterior, también publicado en sus *kleine Schriften*, II, 467 y sig.

Sásari *kapitha*"; en catalán, nos sigue diciendo Corominas (I, 556), *cabeça* subsiste, pero restringida frente al más conservador *cap*, y aplicada "donde predomina el empleo colectivo: *cabeces de bestiar*, ... *cabeces d'alls*" (*ibid.*, 557 a). *Capitium* llamaban los romanos al agujero de la túnica por donde se pasaba la cabeza o a la túnica misma, y en este sentido lo usa Varrón (*De ling. Lat.*, V, 131), con una explicación etimológica falsa; otra vez vuelve a usar Varrón la palabra (*Men.*, 58 Bücheler) en un contexto bastante difícil. Y también la tenemos en Laberio, un escritor de mimos contemporáneo suyo (fr. 61 Ribbeck), que parece explicarla con las palabras *tunicae pittacium*.

Estos significados de la palabra parece que aproximadamente se conservan en el esp. *cabezón* 'tira de lienzo doblado que se cose en la parte superior de la camisa' (lo que según los Diccionarios académicos también se llama *cabezo*), o 'abertura que tiene cualquier vestidura para poder sacar la cabeza'. Un plural de *capitium*, que en latín también significaba 'capucha', *capitia*, terminó sin duda por servir para designar familiarmente la 'cabeza', sobre todo en los romances peninsulares, español y portugués, aunque, a pesar de Sofer, el estudioso de los elementos románicos en San Isidoro, no se halle ya en el etimologista visigodo el significado (21).

Varrón, por otro lado, es el gobernante culto, que hace una campaña colonial y da noticia de las cosas y palabras que observa. Más aún es un erudito, un infatigable curioso, que anota y recuerda: de la comida hispana, la *murena Tartessia* y la bellota del interior, la *glans Iberica*, en sus sátiras (403 B.). También en ellas menciona la *cautra*, el típico escudo de los celtíberos (88 B.). Nos da también el nombre español del vino, *bacca* (*De ling. Lat.*,

21 Corominas I, 557 y 558.

VII, 87), nombre misterioso, que sobrevive en el gallego *bago de uva*, o en el término *bago* 'uva', que se conserva en el Bierzo, Salamanca, Extremadura y Canarias (22): se trata, sin duda, de una palabra cultural, emparentada con el nombre de Baco, y venida, con el designado, del Mediterráneo oriental, la tierra del bíblico Noé.

El conejo, animal heráldico español, nos dice el general pompeyano en su libro *Res rusticae* (III, 12, 6) que se ha llamado así con nombre originario de la Península, y a propósito presenta a uno de los interlocutores del diálogo que es esta obra recordándole que pasó tantos años en España, que introdujo en Italia conejos domésticos (23).

También escuchó el latín que se habla en España por familias de colonos que llevaban tal vez siglo y medio en el país, y una palabra, *cenaculum*, encuentra que se dice lo mismo en Córdoba que en Lanuvio en el santuario de Juno y en todo el Lacio (*De ling. Lat.*, V, 162).

Los tres grandes escritores romanos que tomaron parte en las guerras de España nos confirman, pues, en lo que latinistas y romanistas han deducido del estudio de los romances peninsulares: que rasgos decisivos de ellos arrancan de los días de la conquista.

Para aportar alguna luz más al capítulo de la lexicografía hispano-romana (24) voy a recordar unas palabras más que son peculiares de nuestro romance, heredadas sólo o principalmente en la Península, y atestiguadas en autores de los siglos de la conquista, especialmente en el II antes de nuestra Era. Un libro titulado *Lo plautino y lo románico*, es decir, los elementos del latín preclásico conservados en el latín viviente luego en nuestras lenguas,

(22) Corominas I, 364.

(23) *Res rust.*, III, 12, 7: *In Hispania magis ita falsti multis, et inde te cuniculos persecutus credam.*

(24) Puede verse una revisión del tema del léxico latino en la Península hispánica en la *ELH*, I, 199-236, por S. Mariner Bigorra.

me ha tentado siempre, pues el gran latinista que lo publicó no hizo sino rozar el tema e iniciar así un gran programa de estudio. La lectura de los autores arcaicos latinos despierta en el lector español muchas veces la sorpresa de encontrarse con algo propio.

Por ejemplo, *cuyo*, vivo hasta por lo menos ayer en nuestra lengua, se encuentra en la literatura de los siglos de la conquista, en Plauto, en Terencio, en Lucilio (25): *cuius, cuia, cuium*, nos dice uno de los más recientes tratadistas del latín vulgar (26), "reaparece apenas en Virgilio y Cicerón en contextos particulares y hace pensar que es arcaísmo. Pero el testimonio de las lenguas románicas (log. *kuyu*, esp. *cuyo*, port. *cujo*) devuelve a esta palabra la vida que los monumentos escritos le niegan" (27). Había quedado viva, podemos precisar, en las provincias de colonización más antigua, pero en Roma era un arcaísmo, un rusticismo que sabemos que los literatos de la época le echaron en cara a Virgilio cuando la usó en boca de uno de sus pastores.

Tenemos en esp. la palabra *berrido*, y muy vivo el verbo *berrar* en el noroeste, desde la Montaña hasta el portugués. Se trata de una onomatopeya, cierto, que Corominas y García de Diego (28) derivan de *uerres* 'verraco', pues decimos *chillar como un verraco*. Pero pudo quedar en España la voz *barritus* (ciertamente atestiguada tarde, en Suetonio, Paulo-Festo, Apuleyo, Vegecio, Amiano, Porfirión, las glosas: v. *Thes. l. Lat.*, II, 1756 s.) porque es el

---

(25) Neue-Wagener, *Formenlehre der lateinischen Sprache*, II, 471 y sig.

(26) V. Väänänen, *Introducción al latín vulgar*, trad. esp. (Madrid, 1967), 20.

(27) La geografía hace inaceptable la difusión de la palabra *cuius* a consecuencia del uso de Virgilio como texto en las escuelas, según propone Mariner, *ELH* I, 204.

(28) Respectivamente en el *Dicc. crít.* I, 458 y en *Etimol. españolas*, 160.

término latino que se aplica al 'berrido' del elefante, que sin duda impresionó a los habitantes de la Península en el primer siglo de la conquista, desde Aníbal hasta por lo menos el año 141, cuando el rey africano Micipsa suministra aún elefantes a los romanos para sus guerras en España (29).

Otra palabra antigua, ausente de la literatura, excepto en un uso en Ennio (*Ann.*, 328 Vahlen) y en glosas tardías, es *cansar*. No es castiza latina, sino griega, tomada por los romanos en sus primeras aventuras náuticas en las guerras púnicas, y significa 'doblar, especialmente un cabo'. Es palabra que se halla en italiano, pero como Corominas dice (I, 637) "en el sentido de 'fatigar' es propia del port., el cast. y el cat. y las hablas languedocianas del Hérault".

Del verbo *farcio* 'embutir' tenemos en latín dos participios, uno antiguo, *fartus* (y *fartura*, que se halla en Varrón, Columela, etc.), y otro más reciente, analógico, *farsus*. Su distribución en románico ya fue señalada por Gröber (30), que dice que *fartus* caracteriza a los tres romances peninsulares, frente a los descendientes de *farsus* del francés, provenzal e italiano. Otra vez la palabra hispanoromana coincide con textos preclásicos: se halla en Ennio (*Ann.*, 514, V., *equus qui de praesepibus fartus*) y pervive hasta un tardío escritor español, San Paciano, culto obispo barcelonés del siglo IV, que dice *conuiuio farti* (*Paraen.*, 10, 2, pág. 152, Rubio).

Se ve que el sentido especial de 'harto' que tiene la palabra en nuestra Península se encuentra preludiado en la época de la conquista. El sentido propio nos lo da Varrón (*De ling. Lat.*, V, 111) al hablar de un embutido: *fartum*

---

(29) Bloch-Carcopino, *Histoire romaine*, II, 1 (Paris, 1940), 290.

(30) *Archiv für lat. Lexikogr.*, II, 283. Véase también Corominas, II, 884.

*intestinum a crassundiis Lucanum dicunt*. También otros escritores, como Cicerón (*Ad fam.*, IX, 16, 8), Marcial (IV, 46, 8; XIII, 35), Estacio (*Silu.*, IV, 9, 35) recuerdan esta variedad de chorizo, cuya receta nos da Apicio (IV, 61). La palabra *Lucana*, un tanto desfigurada por etimología popular, pervive en nuestra lengua como *longaniza*, y para confirmarnos de su verdadera etimología ahí tenemos las formas vascas *lukainka* y *lukaika*, que han conservado mejor el nombre de la *lucanica* (31).

Otra peculiaridad del español, acompañado como de costumbre en este tipo de palabras por el portugués, y con algún resto en la Italia meridional (32), es el uso de *perna*, que en latín clásico se aplica a la 'pata' o —en la carnicería o la cocina— a la 'pierna' de animal. Pero *pierna* prueba que, como ya vio Wölfflin (33), los legionarios de la conquista de España aplicaban el término a la pierna humana, y así lo tenemos en Ennio (279 V.), que se refiere a que en una batalla a los vencidos romanos

*pernas succidit iniqua superbia Poeni.*

Cuando Tito Livio se refiere seguramente al mismo suceso se cuida mucho de usar la palabra anticuada y decaída, y nos dice que los romanos (XXII, 51, 7) *quosdam uiuos succisis feminibus poplitibusque inuenerunt*. El lexicógrafo Festo (396, 24 y 397, 7 Lindsay), que representa la más sabia tradición gramatical romana, al transmitirnos este fragmento enniano, nos prueba que una palabra viva en la lejana Hispania, con vida que dura aún, podía no ser

(31) Véase para la misma etimología que defendemos Corominas, III, 129 y sig.

(32) Corominas, III, 783b.

(33) *Archiv für lat. Lexikogr.*, VII, 598 y sig. Véase también Bonfante, art. cit., 39.

ya entendida en las escuelas de la capital, y así glosa el castigo púnico explicando que los *suppernati* son aquellos *quibus femina sunt succisa in modum suillarum pernarum* 'a quienes se les cortan las piernas al modo de los jamones', mas en realidad no se parecía en nada a ese corte de la matanza de los cerdos, sino que era desjarretar.

Dos indefinidos peculiares del español, *nada* (que es también portugués) y *nadie*, provienen del antiguo latín de los cómicos Plauto y Terencio: *res nata* significa en una serie de pasajes plautinos (34), en uno de Terencio (*Ad.*, 295), otro de Lucilio (962 M.) y en cartas de Cicerón (35), así como más tarde en Apuleyo (36), 'circunstancias, tal como están las cosas', y Donato al comentar el pasaje terenciano que nos interesa dice que *e re nata* "proprie dicimus de his qui contra uoluntatem nostram acciderunt". Como dice Corominas (III, 490) esta locución empleada con negación pudo tomar "el valor pronominal e indefinido que es propio de *nada*".

En efecto, la expresión latina subsiste rehecha en la forma *nata causa* en documento leonés del siglo X, y se registra en la *Crónica del Condestable M. L. de Iranzo* (año 1461): *nada otra cosa fazien... sino cortar y coser* (37).

Paralela a esta expresión es *natus nemo*, que se halla en cinco pasajes plautinos (38), exactamente casi como *omne nado* en el *Cantar del Cid* o en Juan Ruiz (39). De este *natus* tenemos nuestro antiguo *nadi* (como *otri*, *otrio* de *otro*, explica Menéndez Pidal *l. cit.*).

---

34 *Cas*, 343, *Bacch*, 218, *Trac*, 962; mal transmitido en *Men*, 737. Sobre la palabra puede verse Väänänen, *op. cit.*, pag. 204.

35 *Ad Att.*, VII, 14, 3, XIV, 6, 1.

36 *Met.* IV, 3, 11 y 14; V, 7; IX, 6.

37 Menéndez Pidal, *Orígenes*, 351.

38 *Most*, 402 y 451, *Pseud*, 26 y 297, *Cas*, 294.

39 Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid*, I, 255.

Para el origen de *ninguno* (y cat. *ningú*, pero prov. *negú*), cuya segunda *n* se ha de explicar analógicamente, como las de *nin* y *nun* (40), yo creo que hemos de acudir a una forma *ningulus* que hallamos en Ennio (*Ann.*, 130 V.), la cual Meillet (41) proponía colocar entre las creaciones artificiales del poeta políglota. Pero es el caso que, en poesía tradicional, en una cita del legendario vate Marcio, que fue el primero, al decir de San Isidoro (*Orig.*, VI, 8, 12), en componer por escrito proverbios, y cuyos dichos estaban de moda durante la segunda guerra púnica (Liv., XXV, 12, 2), volvemos a hallar la palabra (*Fragm. poet. lat.*, 6 Morel) Dado que se explica como una construcción analógica sobre *singulus*, pudo influir en su conservación en Hispania precisamente la vitalidad de este distributivo, que pervive exclusivamente en nuestro *sendos*.

Para confirmar este arcaísmo de la edad enniana alegaré otro ejemplo curioso: del poeta Nevio cita Varrón (*De ling. Lat.*, VII, 108) una forma *sarrare* como variante de *serare*, verbo derivado de *sera*, la 'tranca' o 'pestillo'. La forma románica se halla extendida, pero con el significado preciso de *cerrar* es característica del español (42).

---

(40) Menéndez Pidal, *Ibid.*, 152 y 296.

(41) *Esquisse d'une histoire de la langue latine*, pag. 196.

(42) Bonfante, art. cit. M. Ernout-Meillet *DEL.*, 1887, dan una explicación excelente de la forma con doble *r*, es por analogía de *serra*, debido a la forma del pestillo en cerraduras antiguas que los arqueólogos han podido estudiar. La forma *sarrare* está desfigurada portocalmente en el texto de Varrón, donde los editores suelen dar *sardare*, tomado de Paulo (129, s Lindsay). Desgraciadamente no poseemos en este punto el texto de Festo, pero la autoridad manuscrita de Varrón y la confirmación en las glosas y en la descendencia románica no debe prevalecer contra *sarrare*. Mas con todo, el último editor de Nevio (*Bell. Pun.* fr. 50 Strzelecki) sigue con *sardare*, abandonando el *sarrare* de Klussmann y otros antiguos editores. *Sarrare* en Nevio significaba 'entrelazar', figurado del literal 'abrir'. El cambio al sentido moderno de 'cerrar' provierte de compuestos como *obsera* y *resera*, y no aparece sino en autores medievales como Venancio Fortunato. Los diccionarios

incluso con formas *sarrar* en esp. y port. ant. que quizá no sean tan del todo fonéticas como las explica Corominas (I, 780). Que se trata de un arcaísmo arraigado en *sarrare* se confirma por el hecho de que el verbo *serare* no se halla atestiguado en ningún autor, salvo gramáticos, hasta la Edad Media.

Para terminar con otra supervivencia arcaica del latín de Hispania vamos a buscar los problemáticos orígenes latinos del sabroso plato que el diccionario académico define como "pedazos del estómago de la vaca, ternera o carnero, que se comen guisados". Que yo sepa, sólo en español se llaman *callos*, y en contra de un abolengo antiguo estaría el hecho de que *callos* en este sentido no se remonta en los testimonios recogidos más allá del *Guzmán de Alfarache* y de la definición del lexicográfico Oudin: "*callos de vientre:* tripes dures" (43).

Pero hallamos en latín precisamente antiguo usos de *callum* o incluso *calli* en plural que tal vez no han sido bien entendidos por los lexicógrafos. Acudamos a unos pasajes de comedias de alrededor del año 200 a. C.:

*praecisum omasum pernam callos* (44) *glires* (45) *glandia*,

leemos en un fragmento de Nevio (65 Ribbeck, pall. 104 Warmington) que significa "filete, manto, pierna, callos, lirones, criadillas". Haciéndoos gracia de los numerosos

---

etimológicos (Walde-Hofmann, Ernout-Meillet) repiten para *sardare* una fantástica derivación de *Sardus*: 'entender como un sardo'.

(43) Corominas, I, 605.

(44) Tomo esta forma de una corrección de Onions (en Warmington): la tradición manuscrita data *gallus* y las correcciones más admitidas son *callus* y *callum*.

(45) Los manuscritos leen *glifis* o *clifis*, pero se impone la lección *glires*, ya que por muchos textos nos consta que los romanos estimaban la carne de este animal. v. J. André, *L'alimentation et la cuisine à Rome*, Paris, 1961, 122 y sig.

textos literarios en los que vemos que los romanos consideraban un manjar delicado los lirones, quiero insistir en que es posible que en ese plural *callos* tengamos un antecedente del guiso de callos. El problema no es sencillo, pues otras veces tenemos la mención de *callum* con otro sentido: *callum aprugnum* en Plauto *(Persa*, 305; *Poen.*, 579) aparece en un dicho proverbial aplicado a la corteza o cuero del jabalí, y en dos versos plautinos más:

*pernam callum glandium sumen facito in aqua iaccant* [*(Pseud.*, 166),
*ego pernam sumen sueres spetile callum glandia (Carbo-* [*naria* fr. 1),

y en una lista de manjares de la comedia *Captiui* (903-05) hallamos *callum* en singular citado junto a pierna, criadillas, ubres de cerda, costillas de puerco, sabanilla o grasa del vientre del cerdo, tocino en general.

Los estudiosos, en estos pasajes, suelen entender *callum* en el sentido de 'corteza' o 'cuero' de cerdo, que se come frito (46), pero la cuestión no es sencilla, pues el libro de cocina de Apicio (I, 10) nos trasmite una receta para adobar *callum porcinum uel bubulum et ungellae coctae ut diu durent*. Pero, ¿cómo coloca bajo la misma rúbrica la 'corteza o cuero del cerdo' con un *callum bubulum*, que en lo que yo sé de cocina no resulta comestible ni aun en el *asado con cuero* de los criollos argentinos? ¿Tendremos en este *callum bubulum* los callos de ternera? ¿Qué son otros callos, de que el propio Apicio (VII, 256) nos habla junto a despojos como morros *(labelli)* (47), rabo *(codiculae)* y pies *(ungellae)* de no sabemos qué animales? ¿No tendremos

(46) J. André, *op. cit.*, pag. 140.
(47) Seguimos en esta palabra y la siguiente a J. André, que corrige en su edición de Apicio los transmitidos *libelli* y *colicular*.

en estos textos el mismo uso de *callum* que en nuestros famosos *callos* a la madrileña? ¿No será una objeción a nuestra hipótesis que la única vez que, parece, en toda la literatura latina se habla de los callos de cordero llevan el nombre, en el cómico Titinio (90 R.), de *lactes agninae*?

Grave cuestión lexicográfica y etimológica que dejamos pendiente para ulteriores estudios o para investigadores más sutiles en las artes culinarias, pero, junto a las numerosas palabras que tenemos de la época de la conquista, no desentonaría nada que los guisos plautinos y de la comedia *togata* fueran un antecedente del de los callos.

Y pidiendo perdón por detenerme en una palabra más, recordaré que en Lucrecio (I, 187) hallamos *salire* dicho de las plantas. En latín clásico significa 'saltar' este verbo, y se comprende que en italiano, por ejemplo, haya llegado a significar 'subir'. Pero para el uso del español y portugués (con algunos restos en el Sur de Francia y en el Piamonte, e indicios en catalán) nos parece muy interesante este poético *salire* del arcaizante Lucrecio, que ve así "saltar de repente a los arbustos en el suelo". Para la semántica de nuestro *salir* me parece que el excepcional sentido lucreciano habría de añadirse a las explicaciones de Corominas (IV, 129).

Vemos, pues, que el estudio de los escritores romanos de la época acrece un tanto las fuentes que ilustran el latín de España, que sin contar con ellos tenía razón mi colega el Sr. Díaz y Díaz (48) en señalar que son muy pobres, ya que la literatura hispano-romana es siempre culta, y en los mismos autores visigodos, con una cultura más alta que sus contemporáneos de la Galia merovingia y la Italia lombarda, se esconden bajo un barniz clásico caracteres peculiares.

---

(48) *ELH*, I, 153.

Sin embargo, en cuanto al léxico, ya hemos visto que el estudio combinado de las formas románicas peninsulares con los autores latinos de la época colonizadora determinante de los rasgos locales en el sentido de Gröber, ayuda grandemente a buscar el enlace de la vieja latinidad con la herencia nuestra, según pedía mi ilustre amigo el latinista de Bolonia G. Pighi en ocasión solemne (49).

* * *

Si con tantos ejemplos de palabras atestiguadas en el latín arcaico y características del español y demás romances peninsulares, probamos que el latín hispano tiene un léxico basado en la primera colonización, en la de los dos primeros siglos, como se ve en rasgos característicos, haría falta probar que algunas de esas características del latín hispano se mantienen en los siglos intermedios.

Un estudio de Séneca (50) descubre en su vocabulario al menos unas pocas palabras del latín hispano. Quizá en su afán de renovar la lengua latina y de crear, después de la perfección ciceroniana, una prosa completamente nueva, el filósofo cordobés acudiría alguna vez al latín que se hablaba en su casa, en la de su padre y en la de su tía la que le educó, en el ambiente de gentes de la vieja colonia de Bética. Yo creo que por eso para él las fronteras de la prosa y del verso, tan seguras para Cicerón o para Virgilio, eran distintas que para los escritores nacidos en otra parte, y también los límites de lo vulgar y lo arcaico.

Así el verbo *atar*, de *aptare*, una particularidad hispano-portuguesa, con el cat. *deixatar* 'desleir', tiene sus prece-

(49) Les formes du latin dit "vulgaire", *Actes du Premier Congrès de la Fédération Internationale des Associations d'Etudes Classiques*, Paris, 1951, 199-206.

(50) Lo he realizado con más pormenor en el homenaje al profesor G. Rohlfs, que se halla en prensa.

dentes en Ennio, y se encuentra *aptare* con el sentido de 'atar' en la poesía hasta Virgilio. Pero un poetismo no viviría en los romances peninsulares si no tuviera hondas raíces en la lengua hablada. Séneca el filósofo lo usa en prosa 18 veces, y coincide en ello con autores técnicos y vulgares (Petronio, Celso, la *Historia Augusta*, Amiano, la Vulgata). Es un vulgarismo que Séneca se atreve a usar, sin duda, por la vitalidad que la voz tenía en el latín hablado en Córdoba.

También el esp. *supitaño* (51), que aparece ya en el *Calila*, coincide no con el románico general *subitanus* que tenemos desde el latín del siglo V hasta el italiano, francés y provenzal, sino con el que se encuentra atestiguado en dos españoles, Séneca y Columela, en la forma *subitaneus*.

En Séneca se encuentra un refuerzo muy interesante para la etimología *prauus* de *bravo*, que propuso Díez y ha sostenido Menéndez Pidal. Séneca habla (*De ira*, I, 18, 3) del severo Cn. Pisón, al que Tiberio utiliza para destruir a Germánico, y dice de él que era *uir a multis uitiis integer, sed p r a u u s et cui placebat pro constantia rigor*. Este uso de *prauus* con un significado no de 'malo', sino de 'duro, riguroso, violento', que preludia al *bravo* de los romances peninsulares de Italia y de Occitania, se halla también en un verso de Horacio (52), y en una inscripción pompeyana en la que un *homo prauessimus et bellus*, un bravucón que se jacta de ser guapo, desafía a un rival en amores (53).

---

(51) Corominas, IV, 295a.

(52) Yo creo que esta interpretación se impone, aunque en lo que sé nadie la ha señalado, en *Sat.*, II, 7, 70 y sig.: *quae bellum rupis, cuna semel effugit, reddit se prauus ualenis.*

(53) *CIL*, IV, 8259. La derivación *bravo* < *prauus* la han aceptado también, aun sin el apoyo de nuestros nuevos testimonios, M. Díez y Díaz y M. Dolç *ELH*, I, 165 y 418 respectivamente, y la admite de ellos V. Pisani en su reseña de *Paideia*, XVIII, 211.

Nuestra opinión favorable a colocar a Séneca en la línea del latín hispano se encuentra reforzada con la autoridad del más insigne de los lexicógrafos latinos, Eduard Wölfflin, el creador del *Thesaurus*. En el primer tomo de su revista especial (54) defendía que el uso por Séneca de la palabra *pandus* era en sus tragedias una continuación del empleo de esta voz poética, admitida desde Ennio (*pandam... carinam*, *Ann.*, 560 V.), Plauto (*Men.*, 832, *pandiculans*) y Lucilio hasta Tibulo, que en su famoso elogio de la vida del campo llama *panda* a los yugos de los bueyes (I, 10, 46), no sin que manuscritos y humanistas corrijan indiscretamente *curua*, más literario que *panda*. Pero por una vez en prosa (fragm. *De matr.*, 62 H.) el filósofo habla de un hombre muy feo que entre otras tachas tenía la de ser *repandis cruribus*, es decir, 'patizambo', de piernas que se *pandeaban*, como acaso podríamos decir hoy todavía. Séneca, piensa Wölfflin (55), se puede suponer que conocía la arcaica voz de su tierra natal, adonde la llevaron las legiones en tiempo de Ennio y Plauto, y la dejaron con raíces que la mantendrían en español mientras se extinguía en el resto de la Romania. Por si pensáramos que Séneca en ese pasaje en que usa *repandus* no hace más que un poetismo, otro nativo de España, Quintiliano, correctísimo escritor y maestro de literatura, dice una vez que el orador no debe sacar el pecho y el vientre, porque entonces *pandant posteriora*, la línea de detrás se curva (*Inst.*, XI, 3, 122), y en otra ocasión, entre las comparaciones literarias recuerda la de fíbula o broche de hierro aplicada a un hombre que era *nigrum et macrum et pandum* 'negro y delgado y tirado para atrás' (VI, 3, 58).

---

(54) *Archiv* citado, 329-43.

(55) *Ibid.* 342. Sobre descendientes de *pandus* en la toponimia peninsular, v. J. M. Piel, *Festschrift A. Bach*, 264. No todos sus ejemplos son admisibles.

Está por hacer todavía un estudio de los elementos hispanos en el latín de Columela, pero creo que en ellos encontraríamos la confirmación de que, sin negar la comunicación de Hispania con el restante mundo latino, los rasgos característicos provienen de la época de la conquista. Por ejemplo, ya se ha señalado (56) que la continuidad en España del uso de *uulturnus*, el actual *bochorno*, se acredita en el escritor gaditano. Ya hemos visto que en él se descubre una línea de vocabulario hispánico (*fartura* y *farctus*, *subitaneus*, *eruncare*, *trapetum*), y como un indicio más vamos a recordar que él es de los pocos autores que registran la palabra *bifera*, es decir, *breva*. Corominas (I, 517) anota bien que la palabra "sólo se ha conservado en el Sur de Italia, en Africa y en el Centro y Oeste de la Península", es decir, en esp. y en port. El femenino *bifera* se aplicaba al árbol, y así lo tenemos en Columela en su libro poético:

*praecox bifera descendit ab arbore ficus* (X, 403)

y en otro pasaje (V, 10, 11). Plinio el naturalista (XV, 71) habla entre las variedades de higueras de las *biferae*, *alba et nigra*, *cum messe uindemiaque maturescentes*. Y es Suetonio el único autor latino que usa el término aplicado no al árbol, sino al fruto, cuando entre los gustos sencillos del emperador Augusto en la comida nos dice que *ficos uirides biferas maxime appetebat* (76, 1). La vacilación del género de *ficus*, a veces masc. (*Thes. l. Lit.*, VI, 650), se observa todavía comparando nuestra forma con la suditaliana *biferu*.

* * *

56 Díaz y Díaz, *ELH*, I, 245.

Hemos visto que el estudio de los autores nos da indicaciones preciosas sobre la lexicografía del latín de España tal como fue implantado, pero el cuadro ha de ser trazado con toda su complejidad.

Simultáneamente con la conquista, la colonización empieza. Ya en 189, como un ejemplo de actividad colonizadora, el general Paulo Emilio, en nombre del pueblo romano, da un *status* de libertad a los esclavos de Hasta instalados en Láscuta (*CIL*, I², 614). En 171 se concede una situación legal a los hijos de soldados romanos y mujeres españolas en la ciudad de Carteya. Las riquezas mineras de la Península, en especial del Sudeste, provocan en seguida la llegada de ávidos empresarios y comerciantes romanos e itálicos (57), deseosos de heredar a los púnicos en la explotación esclavista de las riquezas mineras. Entre estos empresarios se ha señalado (58) que nombres como *Iuuentius, Roscius, Ponticienus* y *Turulius*, que se leen en lingotes de plomo de Cartagena, son en parte itálicos.

Un período de guerras se inicia por la rebelión de los celtíberos en 154, a la que se suma la de Viriato al frente de los lusitanos en 147. Escipión Emiliano termina con el desafío de Numancia destruyéndola (131). Mientras tanto la expedición de D. Junio Bruto, que ganó con ella el sobrenombre de *Callaicus*, inició en 138 la penetración en el bárbaro Noroeste, atractivo por sus riquezas minerales, sobre todo por el oro del Sil. Las guerras sertorianas (80-72), tanto por la política de Sertorio como por la intervención de generales prestigiosos y numerosos soldados

---

(57) Se cita a este propósito un pasaje de Diodoro de Sicilia (V, 36, 3): ὕστερον δὲ τῶν Ῥωμαίων κρατησάντων τῆς Ἰβηρίας, πλῆθος Ἰταλῶν ἐπεπόλασεν τοῖς μετάλλοις. No sabemos si realmente se contraponen aquí en un sentido muy preciso los términos de "romanos" e "itálicos". Cf. el libro de Thouvenot *Essai sur la province romaine de Bétique* (Paris 1940), 184.

(58) Cf. A. J. N. Wilson, *Emigration from Italy in the Republican Age of Rome*, Manchester University Press, 1966, 27.

de la metrópoli, intensifica la romanización entre núcleos tan rebeldes como los lusitanos. Supone A. J. N. Wilson (*op. cit.*, 29) que entre los sertorianos habría gentes escapadas del Samnio, donde la represión de Sila fue implacable (Estrabón, V, 4, 11, pág. 249). El propio autor (*ibid.*) interpreta el pasaje de Plutarco (*Sertorio*, 12, 2) en que Sertorio llama romanos a sus soldados, precisamente como una prueba de que con este nombre reconocía las pretensiones de los itálicos a ser igualados con los romanos, las cuales eran negadas por Sila. La heterogeneidad de las fuerzas sertorianas se confirma por la presencia de etruscos como Perperna (Wilson, *op. cit.*, 30)

Estos datos nos explican por sí mismos cómo debió ser en el aspecto lingüístico la conquista romana. El cuadro social de soldados y comerciantes romanos e itálicos distaba mucho en el siglo II de estar unificado. El osco competía en difusión y casi en prestigio con el latín. La misma situación de aliados en que se hallaban los itálicos hacía recaer sobre ellos el duro y peligroso servicio en la lejana Hispania. Sabemos (Livio, XXXII, 28, 11) que, por ejemplo, en 197 cada uno de los dos pretores en España recibió 8.000 nuevos soldados reclutados entre latinos y aliados. Por otros datos que nos da el mismo historiador Tito Livio nos consta que, por ejemplo, en 181 a. C., de los nuevos contingentes enviados a la guerra de España son romanos un tercio, y dos tercios son aliados, y en 171 la proporción de romanos en aún menor (59).

Un poeta cómico que escribió seguramente en el siglo II, Titinio, habla (fr. 104 Ribbeck) de gentes

*qui Obsce et Volsce fabulantur, nam Latine nesciunt,*

---

59. Respectivamente en Livio XL, 18, 5 y XLII, 31, 2 y sig. Cf. también Bisch-Carcopino, *op. cit.*, II, 1, 149

"que hablan en osco y volsco, porque no saben latín" —y notemos de paso en *fabulentur* el *hablar*, *falar* peninsular (60). Estas lenguas itálicas, de las que el osco sobrevivió a la catástrofe de la guerra social, mantenían su personalidad, a pesar de que en el ambiente urbano pesaba sobre ellas el desprecio de los romanos. En Catón, que sabemos procedía de Tusculum, y en su libro de historia no centraba los acontecimientos exclusivamente en Roma, sino que explicaba *unde quaeque ciuitas orta sit Italica* (Nepote, *Cat.*, 3, 3), leemos en los libros que escribió para la educación de su hijo (fr. 1, pág. 77 Jordan): *nos quoque dictitant barbaros et spurcius nos quam alios Opicon appellatione foedant*. Los elementos dialectales, que se mezclaban con el latín mismo de la urbe, coloreaban el de los latinos y se mantenían como una lengua distinta entre los pueblos del Centro y Sur de Italia: samnitas, campanienses, brucios y lucanos.

Estudiando la onomástica hispano-romana es sorprendente el número de elementos no romanos, sino itálicos, que se descubren en ella, y el hecho ha llamado la atención de estudiosos como V. Bertoldi (61) y P. Aebischer (62). Sin más que hojear el índice del tomo de Hispania del *CIL*, podemos citar seis hombres llamados *Campanus* y seis mujeres *Campana*, también hay seis *Bruttius* y otro *Bruttius domo Tucci*, es decir, procedente de Martos, en Jaén, se registra, por ejemplo, en Francia (*CIL*, XIII, 6856). Nada menos que 16 hombres y seis mujeres se llaman *Lucanus*

---

(60) Véase L. R. Palmer, *The Latin Language*, 171. Bonfante, *Studi di lingua e lett. spagn.*, 45.

(61) *Colonizzazione nell'antico Mediterraneo occidentale*, Nápoles 1956, 200, idem, Episodi dialettali, *Est. dedicados a Menéndez Pidal*, III (Madrid, 1952), 33 y sigs.

(62) Extracto de una comunicación sobre La romanisation de la Péninsule Ibérique à la lumière de l'épigraphie, *Actes du colloque international de civilisation littératures et langues romanes*, Bucarest, 1959, 286 y sig.

y *Lucana*, con nombre que si nos recuerda al del poeta cordobés, comenzó por significar 'natural de Lucania'. Hay dos docenas de *Sabinus* y una de *Sabina*, y el nombre *Tuscus* y *Tusca* tiene una difusión por todo el sudoeste que puede verse en el libro de J. Untermann (63). También tenemos por lo menos un *Apulus*. Naturalmente que no vamos a pensar que cada uno de estos nombres representa un nacido en el territorio de origen, pero nadie negará que originariamente los nombres se referían a la patria de los emigrantes, que procurabar conservar el recuerdo de ella en la tradición onomástica familiar. P. Aebischer anuncia un estudio en el que demostrará que "gentilicios de los colonos que han ido a Iberia son originarios del Sur de Italia, de las regiones de Nápoles y Benevento".

Menéndez Pidal ha señalado (64) elementos itálicos en la toponimia sobreviviente en España. Queremos añadir algunos más de la geografía antigua: no lejos de Itálica hay un *Spoletinum*, cuyo nombre recuerda a la ciudad umbra de *Spoletum*. Como señalando un constraste con el carácter itálico, no urbano, de otras ciudades romanas de la región, pregona *Urso*, la actual Osuna, su romanidad con el orgulloso nombre de *Colonia Genetiua Vrbanorum*, según leemos en Plinio (cf. *RE*, IX, A 1064). Entre Sevilla y Osuna sabemos hubo una ciudad llamada *Callicula*: pues bien, su nombre repite el de un monte de Campania vecino a Casilino (*RE*, III, 1360). Repiten nombres de Etruria una *Succosa* en la vía de Huesca a Lérida y una *Cortona* en el *conuentus* zaragozano. *Murruca*, ciudad no localizada en el *conuentus* de Écija, lleva un nombre de planta (65), pero es probable que sus pobladores fue-

(63) *Elementos para un atlas antroponímico*, mapa 79.
(64) *ELH*, I, págs. LIX-LXVIII, CXXIV y sig.
(65) G. Alessio, *Le lingue indeuropee nell'ambiente mediterraneo*, (Bari, 1955), 317.

ran *Marrucini*, es decir, itálicos de la ladera oriental del Apenino.

*Mendiculeia* es un nombre que, por lo menos desde Humboldt (66), se ha prestado a especulaciones etimológicas en relación con vasc. *mendi* 'monte', pero es el caso que se conoce en Lucania un *Mendiculeius vicus* (*RE*, XV, 784), y por si la semejanza no fuera completa demuestra que *Mendiculeia* debe ser nombre importado por colonos, el hecho de que se repita en zonas de lengua indígena tan distinta como Lusitania y la región entre Lérida y Huesca. De Apulia y de Calabria se citan sendas *Caelia* que pueden ser el modelo de una homónima que cabe ganar de los manuscritos de Plinio (III, 12) en la región de Huelva.

En cuanto al nombre de Itálica ya lo ha estudiado don Ramón Menéndez Pidal. A propósito de sus colonos originarios, es decir, de las familias de más abolengo, de las que descendían Trajano y Adriano, recordaré la importante observación de Sir Ronald Syme (67) sobre el contraste que durante el principado ofrecen los senadores hispanos, es decir, los *Annaei*, los *Dasumii*, los *Ulpii*, con sus nombres raros, no romanos, sino oscos, etruscos e ilirios, que caracterizan de modo inequívoco a "los aliados itálicos de la república romana". Las propias familias recordaban sus orígenes, y así los *Aelii* descendían de Hadria en el Piceno, según su tradición; los *Dasumii*, de quienes procedía el emperador Marco Aurelio, señalaban un antepasado suyo entre los príncipes mesapios del extremo Sudeste de Italia, y los *Ulpii* proceden de Tuder, en Umbría (68).

---

(66) *Primitivos pobladores de España y lengua vasca* (Madrid, 1959), 83.

(67) *Tacitus* (Oxford, 1958), 590.

(68) Syme, *op. cit.*, 604. Thouvenot, *op. cit.*, 183.

Se ve, pues, que la teoría de Menéndez Pidal que busca rastros itálicos en las lenguas peninsulares tiene buenos argumentos, tanto históricos como lingüísticos, en su favor. Bertoldi (69), Baldinger (70), Pisani (71) y otros autores han aceptado la contribución itálica a los romances de la Península hispánica. El propio don Ramón la ha apoyado con argumentos fonéticos principalmente, en los que parece una confirmación el hecho de que la zona galaico-portuguesa sea la más pobre en rasgos itálicos, como él mismo señala *(ELH*, I, pág. CXXXVIII), que caracterizan en cambio al "catalán, aragonés, castellano y leonés". En efecto, la Lusitania fue colonizada más tarde, ya que en el primer siglo de la conquista sólo la campaña de Metelo dejó colonias como *Metellinum*, *Castra Caecilia* y *Vicus Caecilius* en la parte más oriental de ella. Emerita no se fundó hasta el 25 a. C.

A los rasgos fonéticos en que Menéndez Pidal fundamenta su teoría podríamos añadir algunas notas del léxico, que continúan la caracterización que intentamos del latín colonial español. El Sr. Lapesa (72) ha señalado la importancia como posiblemente osca de la forma *Octuber*, en lugar del correcto *October*, en una inscripción de Pamplona *(CIL*, II, 2959) fechada en 119 d. C. Recordemos que Pamplona es una fundación de Pompeyo precisamente en los tiempos de la guerra de Sertorio, cuando los itálicos vivían su suprema crisis nacional.

En favor del elemento itálico en la Península alegaré

---

(69) Obras. cit., en n. 61.

(70) *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica* (Madrid, 1963), 31, 91 y sig., 93, con bibliografía, pero sin decidirse del todo.

(71) *Kratylos*, XI, 133.

(72) *Historia de la lengua española*, 68 y sig. Ya en Menéndez Pidal *Orig.* 304. No sé por qué se opone a esta interpretación Díaz y Díaz. *ELH*, I, 246.

otra vez, como ya hizo don Ramón, la autoridad del gran especialista en lenguas itálicas Emil Vetter, el cual señaló el precedente umbro de *fui* como pasado a la vez de *sum* y de *ire*. A los textos latinos de esta confusión, que se remontan a Terencio, el comediógrafo del círculo de Escipión Emiliano, añadiré un testimonio más, el del poeta umbro Propercio, que termina una elegía a Mecenas con estas palabras:

*ferar in partis ipse fuisse tuas* (III, 9, 60)

"sea yo ensalzado por haberme pasado a tu grupo", con *fui* como verbo de movimiento.

Otro dialectalismo léxico entre los pocos que descubrimos es seguramente *tierno*, en port. también *terno*. En lugar de una metátesis trivial que procediera del lat. *tener*, tendríamos aquí un descendiente de la forma sabina *terenum*, perfectamente atestiguada en una cita de Macrobio (73). Tal forma conserva la indoeuropea que tenemos en scr. *tárunah* 'joven, tierno', gr. τέρην (τέρο Hesiq.) 'débil, gastado', etc. Es un caso más de arcaísmo de nuestros romances que añadir a *coua* en lugar de *caua*, *sorum* en lugar de *serum*, pero en este caso la base de la conservación no ha sido el latín, sino el itálico.

Tales son algunos datos históricos y lingüísticos que nos permiten atisbar lo que fue la colonización romana de la Península, sobre todo en sus dos primeros, y sin duda decisivos, siglos. El cuadro es, lo reconocemos, por demás incompleto, pero insistimos en que se trata de los orígenes remotos del español. Nada ha llegado a nosotros de literatura que refleje precisamente el latín de

73 La recoge E. Vetter *Handbuch der italischen Dialekte* I Heidelberg, 1953², 376.

España, y todo escritor antiguo tendió siempre a escribir una lengua uniforme, fijada por un largo uso literario desde la época clásica. El mismo lapicida que graba en latín tenía sus formularios y reglas, muy uniformes en todo el Imperio romano.

Las inscripciones latinas de España que estudió hace sesenta años el profesor belga A. Carnoy (74), a quien tuve todavía el honor de conocer y tratar, ofrecen un cuadro poco claro, y a mi juicio dicen sobre la implantación del latín en la Península mucho menos que lo que los escasos y fragmentarios escritores que asistieron a la conquista. El arcaísmo del latín hispano se confirma en las coincidencias, a veces estupendas, que se descubren entre nuestro romance y los escritores del siglo II a. C.

Junto al vocabulario preclásico, habría que hablar del color local que fue tomando ese latín en el ambiente peninsular. Sabemos, sí, que los poetas cordobeses que celebraban al procónsul Q. Metelo Pío le parecían a Cicerón *(pro Arch.*, 26) *pingue sonantes atque peregrinum* en su latín. Sabemos también que el emperador Adriano, cuando iniciaba su carrera política que le llevó a heredar a su tío y tutor Trajano, levantó las risas del senado *agrestius pronuntians (Hist. Aug.*, Vita Hadr., 3, 1) (75), lo que parece quiere decir que no sólo en la niñez en la nativa Itálica, sino en las personas que le rodeaban en su juventud en Roma misma, dominaba el acento local de la Bética. Pero esa fonética local no se descubre en las ins-

---

(74) *Le latin d'Espagne d'après les inscriptions* (Bruselas, 1906).

(75) Menéndez Pidal supone *(BRAE*, XXXIV 201), que quizá la falta de Adriano consistía en palatalizar la *l* en *ll*, como ocurre en Hadria, lugar de origen de su familia, y en muchas partes de España, incluso en mozárabe andaluz. Del tema de la relación de Adriano con Italica ha tratado recientemente R. Nierhaus en la *Corolla memoriae Erich Swoboda dicata* (1966), refiriéndose precisamente a la pronunciación del emperador en la pág. 155.

cripciones y los documentos de las regiones de profunda romanización y elevada cultura latina.

Es la barbarie indígena del Oeste y del Norte, en las regiones más tardíamente romanizadas de Lusitania, Galicia, Asturias y Cantabria, la que rompe la uniformidad de la gramática y permite descubrir preludios de fenómenos románicos como la sonorización y la inflexión vocálica. No he de repetir aquí lo que por primera vez expuse en el *Boletín* de esta Academia hace veinte años, y lo que he vuelto a defender y ampliar en otras ocasiones, incluso discutiéndolo en polémicas.

La reacción indígena de esas regiones matizó el latín peninsular de una manera más decisiva que el de las de temprana y completa romanización. Pues a consecuencia del desastre de la invasión árabe con la destruición de España, fueron los dialectos del Norte los que se impusieron en toda la Península. Seguramente un desarrollo del latín de Córdoba y Toledo, Sevilla y Valencia, Cartagena y Lisboa, Mérida y Tarragona, Zaragoza y Bilbilis, hubiera dado, con una distribución dialectal distinta, caracterizaciones locales diferentes. Pero fue el latín de los confines de Cantabria, y el de la remota y rural Callaecia, y el de las Asturias, y el de la Cataluña y Aragón pirenaicos, el que, en definitiva, se impuso.

Mas no nos remontemos a síntesis que explican ya los orígenes próximos de nuestro idioma y sus hermanos peninsulares, los orígenes estudiados por Menéndez Pidal. Lo único que hemos podido ofreceros de los orígenes remotos de nuestra lengua son unas pocas palabras que nos ha parecido sorprender en los labios de los soldados romanos de la conquista: llamaban *baro* al 'ganapán', al 'torpe', al 'necio', al 'atleta', lo que luego se ennoblecería en nuestro *varón* con *v*, y se combinaría con el aristocrático *barón* germánico con *b*; se insultaban de 'tragones' con las pa-

palabras *gumia y comedo*, que pervivieron en *gomia* y en *comilón*; el adjetivo *pravus* 'malo' pasó a designar al *bravo*, *bravucón*; eran los soldados y demás gente sin educación quienes encontraban *passus*, 'paso', como decimos todavía, a un viejo arrugado, y quienes desgarradamente llamaban *rostrum*, es decir, 'pico, boca', o más groseramente aún 'jeta', a lo que se ha ennoblecido otra vez en nuestro idioma para designar el *rostro*.

Son esa misma gente la que se expresa sin remilgos y designan a la *pierna* humana con una palabra que en su significación primitiva se mantiene en *pernil*. A la *cabeza* la llamamos con un nombre que tal vez se ha repetido en la expresión *por los cabezones*.

También nos ha parecido oír a humildes colonos, a labradores que montan en la colonia sus *trapiches*, que hacen del barro peninsular sus *lebrillos* y sus *pocillos*. Son gente pobre, que siguen comiendo como en el terruño de Italia sus *callos* y su *longaniza*, con sus *mostachones* y sus *brevas* para postre, hasta quedar por fin *hartos*. De la lengua de la antigua comedia trajo esta gente las palabras *nada* y *nadie*, y tal vez de antes, de los refranes del legendario Marcio, el indefinido *ninguno*.

En estos pequeños incidentes léxicos descubrimos la peripecia histórica por la que la Península, salvo el área vasca, recibió otra legua, y nos imaginamos que a través de ellos vemos algo del cómo, del cuándo, del a través de quién se produjo el cambio. Hemos buscado en los romanos de la conquista las bases de las lenguas peninsulares, las que suplantaron, salvo en cuanto al vasco, a aquellas que don Manuel Gómez-Moreno presentaba ante la Academia en su discurso de ingreso hace más de un cuarto de siglo para despertar nuevas investigaciones sobre ellas. Quisiéramos haber descubierto algunos de los gérmenes que se desarrollan siglos más tarde en la época magistralmen-

te estudiada, en toda su complejidad, por nuestro Director en sus *Orígenes*. Si mis interpretaciones resultan merecedoras de vuestra aceptación, me daré por contento con haber ofrecido alguna perspectiva nueva sobre un horizonte histórico que el transcurso de los siglos ha ido dejando cada vez más lejano e irrecuperable.

# CONTESTACIÓN

DEL

# Excmo. Sr. Don PEDRO LAÍN ENTRALGO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Es tan natural, tan de clavo pasado, la presencia de Antonio Tovar en esta Casa, que al verle ahora dentro de su frac académico me parecía que era él, y no yo, quien había de celebrar la presencia entre nosotros de un nuevo compañero. Lo cual me obliga tanto más a agradecer vuestro encargo de responderle y darle la bienvenida.

Acabamos de oír un estudio en el cual, como en un bien trabajado camafeo, muestran su perfil los tres personajes que con Antonio Tovar vienen a colaborar en nuestras tareas: el filólogo, el escritor y el varón de España. A los tres conocéis; pero tal vez no sea ocioso que hoy, cuando en el cráneo que los unifica ya hay más brillo que sombra, trate yo de dibujar su figura; y acaso sea conveniente que este triple retrato mío tenga por fondo, hechas paisaje, las dos situaciones entre las cuales ha transcurrido hasta hoy la fecunda vida profesoral y literaria de nuestro compañero.

Este primer paisaje, el de la más alta Castilla, aparece entre la penumbra del atardecer a los dos lados de un vagón de ferrocarril. En su marcha lenta y saltona sobre los rieles, el cansado vidrio de la ventanilla va enmarcando los últimos berruecos de la Paramera y los pinares con que la tierra llana de Arévalo viste a trechos su casta

desnudez. Brillan entre las nubes, sobre el cielo frío, las primeras estrellas. Dentro del vagón, dos hombres conversan entre sí. Uno de ellos es profesor de lenguas clásicas en Salamanca, y regresa a su Universidad después de haber resuelto —o de no haber resuelto— los asuntos que le trajeron a la capital. El otro es un poeta antiguo, "con su lira y su manto y su cabellera perfumada y su barba rizosa y sus sandalias y su libro de papiro enrollado". Aquél se llama Antonio Tovar; este otro, Baquílides de Keos. ¿Qué hablan entre sí el profesor de lenguas clásicas y el poeta antiguo? Quien sienta deseo de saberlo, lea el ensayo en que el profesor nos lo contó. Yo recuerdo ahora el lance sólo para ilustrar la importante realidad de que él es anécdota: que por vez primera desde que España existe, y precisamente por esta obra de nuestro compañero, suenan sobre la meseta castellana muchas de las palabras en que tiene su raíz la cultura de Occidente.

Han pasado veinticinco años y ha cambiado el paisaje. Ahora nos rodea, combadas por la nieve las ramas de sus árboles, el denso bosque germánico; ese que según uno de sus más ilustrados hijos, el filósofo Guillermo Dilthey, hace inimaginable la naturaleza en torno y obliga al hombre a recluirse en la experiencia religiosa o intelectual de su vida interior. Dócil al genio del lugar, el hombre que a través del ventanal contempla ese paisaje, el profesor de Lingüística comparada Antonio Tovar, va destilando lentamente dentro de sí el fruto y el poso de su vida; pero a la vez, movido por un ímpetu secreto que le llega a través de dos fuertes raíces de su alma, su amor intelectual a las palabras, que no otra cosa es ser filólogo, y su amor visceral a esta tierra que nos pincha y nos sostiene, ese hombre va amorosamente recogiendo y limpiando, como si fuesen viejas ánforas sepultadas, las rudas voces que hace más de veinte siglos dejaron sobre nuestro suelo las

legiones de la conquista: *labrum*, *trapetum*, *pravus*, *lucanica*, *barritum*... La palabra, ahora, no es sólo fuente de experiencia vital, poético aguijón sonoro; es también molde que resiste casi invariable el paso del tiempo y nos trae dentro de sí, como gustoso tuétano, un palpitante trocito intacto de la vida de antaño.

Dos paisajes, dos situaciones. Entre una y otra, casi toda la aventura intelectual, literaria y cordial de alguien en quien se articulan o se funden, como antes decía, un filólogo, un escritor y un varón de España. Trataré de presentaros mi personal visión de cada uno de ellos.

El filólogo: el investigador que desde su mocedad, cuando con ojos jóvenes de castellano viejo miraba el Erecteon de la Acrópolis y anotaba las églogas de Virgilio, hasta su actual docencia en las aulas de Tubinga, ha cosechado valiosas mieses inéditas en los campos más diversos del habla humana: las dos grandes lenguas clásicas, el vasco, los idiomas de la América precolombina, el eslavo, el gótico, el celta, la epigrafía líbica y las lenguas bereberes que le sirven de contexto. Aunque devoto amante de las palabras, sólo como encandilado forastero puedo yo mirar el dilatado y complejo reino de la filología; pero me atrevo a pensar que muy pocos, poquísimos de los filólogos actuales podrán presentar un haz de hallazgos, exploraciones, interpretaciones, ediciones, versiones originales y exposiciones de conjunto comparable en amplitud y riqueza al que, todavía no extinta en su alma la inquieta juventud, hoy nos ofrece nuestro nuevo compañero. Véase el copioso catálogo que para alivio y complemento de mi brevísima mención selectiva he añadido a estas páginas.

Traducciones y ediciones críticas de Virgilio, Sófocles, Eurípides, Platón, Aristóteles, Luciano; una quincena de libros sobre casi otros tantos temas filológicos, lingüísticos, literarios e históricos; doscientos y pico trabajos cienti-

ficos en las más prestigiosas revistas técnicas... Es verdad; la llegada de Antonio Tovar a esta Academia ha sido lo que de tantas y tantas creaciones de la cultura de España ha dicho nuestro eximio Director: un jugoso y confortador fruto seruendo.

Dejadme glosar, entre todos esos libros, tres que por su contenido o por su tema hablan muy hondamente al hombre que yo soy: la *Vida de Sócrates*, el *Catálogo de las lenguas de América del Sur* y el *Catalogus Codicum Graecorum Vniuersitatis Salamantinae*.

A lo largo de diez años, desde aquel ensangrentado e incierto en que él y yo nos conocimos, asistí de cerca a la elaboración del importante libro que Antonio Tovar ha consagrado a la vida y la significación de Sócrates. Una y otra vez pude admirar el celo, la precisión y la vastedad con que Tovar iba documentándose para cumplir personalmente un empeño tantas veces acometido por filólogos e historiadores. Pero lo que al fin más había de admirarme en ese estudio, cuando en 1947 vio la luz, no fue su enorme y riguroso saber documental, sino la lozana y brillante originalidad con que en él aparecía ante nuestros ojos —los ojos tan desengañados como animosos de quienes en nuestro siglo sabemos decir "todavía"— el nervio mismo de la hazaña socrática: la enseñanza a la vez dramática y consoladora de que la razón, la libertad, la sencillez y la piedad siempre serán conciliables entre sí. Lección dramática, porque en el caso de Sócrates —y luego, sin su apretado e insigne patetismo, en tantos otros— hubo de pasar por la criba de la muerte; lección consoladora, porque desde entonces no ha habido hombre que cuando ha querido serlo de veras no haya sido, poco o mucho, un discípulo más del inmortal filósofo ateniense. "La fragilidad del destino humano, la fatalidad histórica y la libertad genial, las profundas raíces del individuo humano más ra-

cional y exento —todo esto quisiéramos que resultara más claro después de leídas estas páginas", nos dice su autor al término de ellas. A los veinte años largos de haber sido escritas, es hermoso comprobar que alcanzaron y siguen alcanzando su meta.

La *Vida de Sócrates* me habla en cuanto yo soy europeo del siglo XX; los otros dos libros que antes mencioné, en cuanto soy un hispano menesteroso de esperanza. El *Catálogo de las lenguas de América del Sur* es una gallarda muestra de lo que un español de pro puede y debe hacer hoy en aquel continente. A América llevamos los españoles muchas cosas: lengua, religión, sangre, caballos, costumbres, cierto talante ético y un cauce idóneo para acceder al mundo de Occidente; pero nuestra misión americana nos exige ahora —como nos exigió entonces— contribuir amorosa y originalmente a que los hombres, todos los hombres, conozcan y estimen las culturas con que allí nos encontramos. En lo tocante a las lenguas de América, ¿qué hemos hecho los hijos de Iberia después de su temprana utilización catequética por los primeros misioneros? Aparte el precursor ensayo del P. Hervás y Panduro, y descartado el valioso repertorio bibliográfico que compuso un diplomático de excepción, el Conde de la Viñaza, nada o casi nada, hasta el *Catálogo* de Tovar. El cual era un libro necesario, porque la dispersión de los trabajos precientíficos y científicos acerca de las lenguas suramericanas requería con urgencia una obra de conjunto como esta que Tovar ha publicado, y es un libro importante, por el rigor, el nivel y la amplitud ejemplares con que en él ha sido tratado el tema. Mas también —todo hay que decirlo— por la airosa soledad del autor durante la realización de su empeño: la soledad de un profesor español que lejos de España y apenas asistido por ella se ha esforzado varios años para llenar individualmente el vacío que en

nuestra producción científica dejaron tiempo atrás "la incuria y la pereza" de otros muchos.

Algo análogo hay que decir, ahora de puertas adentro, del *Catalogus Codicum Graecorum Vniuersitatis Salamantinae*. Desde los años en que florecieron sus teólogos y juristas famosos, ¿cuántas veces no se habrán dilatado las gargantas españolas cantando retóricamente la gloriosa antigüedad de la Universidad salmanticense o deplorando con amargura su decadencia y abandono? Lo que casi nadie hacía —y en lo tocante a sus fondos clásicos, nadie— era estudiar con seriedad el oro o el cobre restantes que esa Universidad pudiera conservar entre sus muros. En 1963, cuando Antonio Tovar abandonaba para siempre el claustro salmantino, dejó como prenda permanente de su eficaz paso por él este catálogo de los códices griegos que todavía guarda la vieja biblioteca universitaria. Otra hazaña de un español que en lo suyo, el saber filológico, quema su vida abriendo caminos hacia el futuro y limpiando de escombros o salvando de la ignorancia los caminos del pasado.

Me falta competencia técnica para entrar en el extenso y bien arbolado soto que forman los trabajos de investigación filológica de nuestro compañero. Pero si como profano hubiese de indicar alguna preferencia, yo nombraría en primer término —junto a la espléndida *Estratigrafía de los dialectos griegos*— el amplio grupo de los que Tovar ha consagrado a las lenguas prerromanas de la Península Ibérica, desde "Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtíberos", publicado hace más de veinte años en el *Boletín* de nuestra Academia, hasta el recientísimo "L'inscription du Cabeço das Fraguas et la langue des Lusitaniens" (1967), pasando por los dos —"Los sufijos *-rr-* en España y fuera de ella, especialmente en toponimia" y "Los sufijos españoles en *-z*, y especialmente

los patronímicos"— que en 1958 y 1962 compuso en colaboración con nuestro don Ramón Menéndez Pidal. Es ineludible aquí, y bien grato, el recuerdo de otro eminente compañero nuestro, don Manuel Gómez-Moreno. Menéndez Pidal, Gómez-Moreno, Antonio Tovar: tres hombres de nuestra Academia, por cuya preclara mediación nos cuchichean algo inteligible los más remotos abuelos de nuestra lengua y nuestra sangre. ¿No nos pone acaso en el alma una incitante delicia histórica el saber —valga este ejemplo— que Indíbil y Mandonio fueran, para quienes en su lengua entonces les nombraban, algo así como "el Negrazo" y "el Muleño" o "el Caballuno", un cacique rural de tez zaína y otro de algún modo relacionado con los mulos o los caballos?

Filología y lingüística del griego, del latín, del vasco, del eslavo, del gótico, de las lenguas americanas y bereberes, de los idiomas prerromanos de Iberia... ¿Cuál puede ser la clave secreta de tan amplia y productiva inquietud filológica? Sólo ésta veo yo: la inextinguible sed intelectual y vital de un hombre que en el presente y en el pasado quiere siempre para sí y para los demás un latido fresca y originalmente abierto al futuro; la ambiciosa inconformidad frente a todo cuanto en la lengua y en la vida sea cosa hecha, sistemática y rutinaria. ¿Recordáis la confidencia que el poeta Baquílides de Keos hizo a Antonio Tovar en un vagón de ferrocarril, camino de Madrid a Salamanca, pasando —con cambio de tren— por Medina del Campo? "Nunca como en nuestro tiempo —decía el griego— los hombres se han sentido desde su nacimiento desprovistos de verdades [esto es, añado yo: libres de saberes ya codificados y consabidos, exentos de certidumbres o seguridades de que cualquiera puede echar mano]. Desnudas vivían nuestras almas, y quien hilaba una pieza que pudiera abrigar esa desnudez angustiosa y velar los

ojos inquietos de aquéllas, ése era un rey. Reyes éramos por eso los poetas, o lo parecíamos. Los modernos no os podéis dar cuenta de cómo era esto." ¿Qué íntimo sentir delaran estas reveladoras palabras: sólo el antiguo de Baquílides de Keos o también el más próximo a nosotros del que en ese viaje castellano era su interlocutor, el filólogo Antonio Tovar? La profunda sed de vida nueva que delatan, a lo largo de más de treinta años, los trabajos filológicos de éste, nos permite afirmar que por la boca del poeta arcaico, aunque sin traicionarle, está hablando un hombre que en la práctica de su oficio sólo se conforma vistiendo de ciencia recién hilada —una ciencia que es también interpretación y, por tanto, poesía— la exigente desnudez sonora o gráfica de las palabras menos estudiadas.

Mas no sólo para sí, también para los demás, porque tanto como investigador y hermeneuta, Antonio Tovar ha sido constantemente profesor y maestro: ha enseñado lo que sabía y ha querido siempre que su enseñanza fuese para el discípulo germen y pábulo de vida propia. Salamanca, Buenos Aires, Tucumán, Urbana (Illinois), Madrid y ahora Tubinga —linda hazaña, la de llevar trigo a Castilla, hierro a Vizcaya y lingüística comparada a la ribera del Neckar— han sido los sucesivos lugares de su docencia; y una veintena de filólogos eminentes y profesores de lenguas clásicas y de Historia antigua, el testimonio vivo de su permanente magisterio. A riesgo de pecar por omisión, he aquí una gavilla de nombres: los catedráticos y profesores de Universidad Rodríguez Adrados, Sánchez Ruipérez, Rubio Fernández, García Calvo, Montenegro Duque, Blázquez Martínez, Pérez Varas y Bejarano; los catedráticos de Enseñanza Media Palomar Lapesa, Rubio Alija, Dulce María Estefanía y María Lourdes Albertos; la bibliotecaria Teresa Santander; y al otro lado del At-

lántico —en Tucumán, en Bahía Blanca, en Mendoza—, Ricardo F. Binda, María Teresita Belfiore, Aurelio R. Bujaidón. Es noble el olivo por el fruto que da, mas también por los renuevos que de él proceden. Imitando humanamente al más prestigioso de los árboles antiguos —el que dio alimento y luz a los poetas y a los filósofos de la vieja Hélade—, así ha sabido ser noble el profesor y maestro Antonio Tovar.

Con el filólogo entra hoy en nuestra Casa el escritor: si queréis, el logófilo, el hombre que además de amar a las palabras por lo que ellas son y por lo que ellas dicen, ama también el propio bien decir y se esfuerza por lograrlo; el que con dolor y con gozo, porque ambos son, juntos e inseparables, el gajo del escritor, siente en su alma la peregrina vocación de decirse a sí mismo. Muy directamente lo hizo Antonio Tovar en varios poemas de su juventud; e indirectamente, contando recuerdos o impresiones, a lo largo de toda su vida. Leed con calma su libro *Ensayos y peregrinaciones*, y descubriréis, si no lo sabíais ya, que Tovar, nieto literario del Noventa y Ocho, es maestro en la expresión ceñida, fuerte y sugestiva de todo lo que desde dentro de su alma o desde fuera de ella le ha puesto en íntima tensión. Oíd este fragmento de prosa por igual descriptiva y lírica: "Quedan atrás los campos y montes, no sé si en las tierras del Tajo, o acaso por los altos campos de Avila, barridos por el viento. Acaso han revoloteado dos picazas. El humo tizna fríos y límpidos horizontes. El ritmo del tren me hace en este momento más difíciles los pasos sutiles de la métrica antigua..." ("Baquílides, o sobre la poesía antigua y moderna"); o este otro: "Estoy en un balcón. Es un atardecer veraniego, lento, pesado. Los últimos dorados son apagados violentamente por negrísimos nubarrones, que vagan enormes, recortados sus bordes sobre un cielo azul más claro.

De repente, un relámpago se refleja en la espesura de las nubes, que deslumbran un instante, blancas, con eléctrica luminosidad, sobre un cielo que se queda más oscuro" ("Nuevo sentido del espacio"); o éste, en el que se evoca una hora en El Toboso: "Sancho no llega. Se hace de noche. Sopla el gran viento de la Mancha. Yo querría tomar una dirección, correr en busca de don Quijote, descubrir la trama, acusar a Sancho, gritar que sí, que hay aquí princesas y casi castillos, y esta placita y la mole de la iglesia y la campana argentina... No puedo moverme. El Toboso me retiene desde hace cuatrocientos años. Allá, al otro extremo, está Miguel de Cervantes, con su risa, no sé si cruel o humana. Contempla las mañanas, los tramontos, las noches, sobre el campo, que tan pronto es un pedregal como está raramente cubierto de espigas rubias o pálidas" ("Viaje del Toboso"); o éste, en fin, en que para su autor y para nosotros revive la impresión de una noche de domingo en un ingenio de la más alta Argentina: "Se ha puesto el sol. Los nubarrones quedan al Norte, cortinaje pesado y negruzco, que a veces se rasga en relámpagos de arriba abajo. La vieja locomotora de vapor viene por la calle, pequeñita bajo los árboles inmensos. Pasan los americanos, los verdaderos americanos, los hijos de la tierra: indígenas. Caras impasibles, arrugadas. Sombreros sobre las greñas. Las criaturas penden mediante fajas de los hombros de su madre, que camina con andar impasible, los ojos fijos a lo lejos... Todos, hombres, mujeres, niños, muerden caña, y se llevan, durísimas, sobre la espalda, unas cuantas, largas, ya secas" ("La noche en el ingenio"). ¿No es verdad, amigos, que un verdadero escritor, un hombre de letras cuya pluma sabe heredar a Unamuno, Azorín y Baroja, entra esta tarde en la Academia Española?

Y con el filólogo y el escritor, el varón de España.

Como tal le conocí yo, hace ahora más de treinta años —dos veces ya el *grande aevi spatium* del contable Tácito—, en un Valladolid de luces apagadas y pasiones encendidas. Desde entonces, codo con codo, nuestra común y paralela aventura. ¿Nos equivocamos en alguna parte de ella? En lo tocante a la meta, tal vez; en lo tocante a la intención, tal vez no, y acaso la mejor prueba de ello sea el hecho de que hoy Antonio Tovar y yo estemos uno frente a otro en la Casa donde a lo largo de tres cuartos de siglo han convivido sin negarse a sí mismos Valera, Galdós, Pereda, Menéndez Pelayo, Asín Palacios, Azorín, Baroja, Ors, Marañón y Rey Pastor, y en cuyo atrio quisieron estar, casi vistiendo el frac de su personal ingreso, don Santiago Ramón y Cajal, don Miguel de Unamuno, don Antonio Machado, don Blas Cabrera y don Ramón Pérez de Ayala; en esta Casa que para honra y gozo de todos hoy dirige don Ramón Menéndez Pidal.

Del paso de Antonio Tovar por los años de su vida que algunos, y acaso él mismo, tengan por cuestionables, ¿qué es lo que queda? Varias cosas. Una dedicatoria impresa como frontispicio en uno de los más bellos libros de prosa de nuestro siglo, *Valencia*, de Azorín: "A Antonio Tovar, clara inteligencia y corazón generoso, en quien encontré un amigo desde el primer momento, dedico este libro, escrito en las madrugadas, cuando todo dormía y el pensamiento estaba entregado a sí mismo, desligado casi de la materia. SPES. FIDES. HISPANIA." Y de cuando en cuando, la experiencia de comprobar de nuevo, interpretando a Bach, que también la música puede ser palabra. Y en todo momento la posibilidad de repetir silenciosamente, pero ya con las manos llenas de obra propia, estas líneas escritas hace más de veinte años: «Casi todos los días saludo al pasar el busto que preside la monumental escalera de nuestro palacio de Anaya... Me ilusiona hacer

en Salamanca otra vez "ciencia europea", y sé que don Miguel se indignaría un poco ante ambición semejante. Pero cuando paso junto a su estatua, le digo con la intención: "Don Miguel, aquí me ve usted cargado de libros de ciencia. Sueño con inculcar a mis discípulos el método y el rigor. Querría que hubiera en Salamanca una escuela como las hay y las ha habido por esas históricas Universidades de Europa. No le imitamos a usted porque le hallamos demasiado inimitable. Y, sin embargo, usted sabe que nuestro impulso procede de usted". Una dedicatoria, la breve fiesta de un coloquio con Bach, el recuerdo de una silenciosa salutación, una obra científica que a todos nos enriquece, una entereza moral sin mancha y sin mella. Y en ocasiones, como para demostrar que se puede ser a la vez grave profesor de Tubinga e inquieto estudiante, el incontenido impulso lúdico del adolescente a quien todavía divierte la travesura de pinchar un globo hinchado de necedad, fanatismo o codicia.

En el *Ión* de Eurípides pueden leerse, referidas a Apolo, estas palabras a un tiempo lejanas y próximas: "Lo que el dios me ha enviado, dulce es; lo que me ha enviado el destino, bien duro." Algo nos han enviado a todos, durante nuestra vida, el dios y el destino, y algo más seguirán enviándonos. Pero en esta hora de salutación y balance pienso que la presencia de Antonio Tovar en la Academia Española, a cuyas tareas tanto ha de ayudar, se halla resueltamente, para los que aquí le recibimos, entre los dulces dones que a veces nos regala a los mortales ese poder luminoso y benéfico a quien los antiguos griegos solían llamar Apolo. Antonio Tovar, bien venido.

# OBRAS DEL NUEVO ACADÉMICO

## LIBROS

*En el primer giro (Estudios sobre la Antigüedad).* Madrid, Espasa-Calpe, 1941.

*Lingüística y Filología Clásica. Su situación actual.* Madrid, Revista de Occidente, 1944.

*Gramática histórica latina. Sintaxis.* Madrid, S. Aguirre Impresor, 1946.

*Lengua gótica (paradigmas gramaticales, textos, léxicos).* Madrid, Ediciones Nueva Epoca, 1946.

*Vida de Sócrates.* Madrid, Revista de Occidente, 1947; 2.ª edición revisada, ídem 1953; 3.ª edición, Selecta de Revista de Occidente, 1966. En francés: *Socrate. Sa vie et son temps.* Traduit de l'espagnol par H. E. del Medico. París, Payot, 1954.

*Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas.* Buenos Aires, Instituto de Filología, 1949.

*Antiguo eslavo (paradigmas gramaticales, textos, léxico).* Madrid, Ediciones Nueva Época, 1949.

*La lengua vasca.* San Sebastián, Biblioteca Vascongada de los Amigos del País, 1950. 2.ª edición, ídem 1954. En inglés: *The Basque Language* translated by Herbert Pierrepont Houghton, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1957.

*Los hechos políticos en Platón y Aristóteles.* Buenos Aires, Editorial Perrot, 1954.

*Un libro sobre Platón,* Colección Austral, 1956.

*El euskera y sus parientes*. Madrid, Ediciones Minotauro, 1959.

*Ensayos y peregrinaciones*. Madrid, Ediciones Guadarrama, 1960.

*The Ancient Languages of Spain and Portugal*. New York, S. F. Vanni, 1961.

*Catálogo de las lenguas de América del Sur*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1961.

*Historia del antiguo Oriente*. Barcelona, Montaner y Simón, S. A., 1963.

*Historia de Grecia*, en colaboración con M. S. Ruipérez. Barcelona, Montaner y Simón, 1963.

*Catalogus codicum Graecorum Vniuersitatis Salamantinae*. Salamanca, Acta Salmanticensia, Fil. y Letras, vol. XV, núm. 4, 1963.

*Tendido de sol* (Crónica literaria de 1963-64). Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Romerman (en prensa).

## EDICIONES DE CLASICOS Y TRADUCCIONES

Virgilio: *Eglogas*, anotadas. Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1936. 2.ª edición revisada. Madrid, Instituto Antonio de Nebrija, 1951.

*Proceso del Brocense*. Edición y prólogo en colaboración con Miguel de la Pinta, O. S. A. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1941.

Sófocles: *Antígona*. Edición y notas. Madrid, Instituto Antonio de Nebrija, 1942. 2.ª ed., con la colaboración de Conchita Giner. Madrid, Instituto Antonio de Nebrija, 1962.

Euripides: *Alcestis, las Bacantes, el Cíclope*. Traducción. Buenos Aires, Colección Austral, 1944.

Pausanias: *Descripción de Grecia*. Traducción e índice. Universidad de Valladolid, 1946.

Obras de Galeno, vol. XII (traducción en colaboración con A. Ruiz Moreno de *Compendio del pulso para los estudiantes* y *De las diferencias de pulsos*). Buenos Aires, Facultad de Ciencias Médicas, 1948.

Aristóteles: *La Constitución de Atenas*. Edición, traduc-

ción y notas, con estudio preliminar. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948.

Wulfila: *La Biblia de los Godos*, Fascículo I de la *Antología Alemana* editada por la Universidad de Buenos Aires. Selección, traducción y prólogo, 1949.

Luciano: Traducción de obras escogidas, con prólogos y estudios. Clásicos Labor, 1949.

Luciano de Samosata: *Lucio o El asno*. Traducción, prólogo y notas. Barcelona, Alma Mater, Edición con xilografías de J. Granyer, 1950.

Aristóteles: *Retórica*. Edición del texto con aparato crítico, traducción, prólogo y notas. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1953.

Eurípides: *Tragedias*, vol. I: *Alcestis*, *Andrómaca*. Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1955.

Platón: *El Sofista*. Edición del texto con aparato crítico, traducción, prólogo y notas. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959.

Eurípides: *Tragedias*, vol. II: *Las Bacantes*, *Hécuba*. Barcelona, Alma Mater (*Hécuba* en colaboración con R. P. Binda), 1960.

Propercio: *Elegías*, edición, traducción, introducción y notas (en colaboración con María T. Belfiore Mártire). Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1963.

Felipe José Gilij: *Ensayo de Historia Americana*. Traducción, tres volúmenes. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1965.

Platón: *Diálogos Apócrifos y Dudosos*. Tomo I, traducción, prólogos y notas de Antonio Tovar y Calotina Scandaliari. Tomo II, traducción, prólogos y notas de Antonio Tovar y Ricardo P. Binda. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966.

Cicerón: *El Orador*, edición, traducción, introducción y notas (en colaboración con Aurelio R. Bujaldón). Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1967.

## ARTÍCULOS FILOLÓGICOS

### 1935

Problemas de Arqueología griega. I. El 'Antiguo templo' en la Acrópolis, *Bol. del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* (Universidad de Valladolid), III (fascículo VIII-IX), 281-294.

Problemas de arqueología griega. II. El Erecteon, *Bol. del Sem. de Est. de Arte y Arqueol.*, IV (fasc. X), 39-54.

### 1936

La composición de la Atenas de Pausanias. (Valladolid). *Bol. del Sem. de Estudios de Arte y Arqueología*, IV (fasc. XI-XII), 59-85.

Horacio y las Menipeas Varronianas, *Emerita*, IV, 24-29.

Sobre las fuentes de las leyendas áticas de Pausanias *Emerita*, IV, 276-91.

### 1939

Conjetura al texto de Platón *Phileb.*, 16 a, *Emerita*, VII 146-55.

Lucano. Roma, *Cuadernos Españoles de Estudios Romanos*, 28 págs.

### 1940

Una inscripción romana inédita, procedente de Carpio de Tajo, *Bol. del Sem. de Est. de Arte y Arqueol.*, V. 123-124.

Cuestión bizantina ante nuestros investigadores en historia eclesiástica, *Correo erudito*, I, 33-35.

## 1941

Preocupaciones sobre la enseñanza universitaria de la filología clásica, *Revista Nacional de Educación*, I, número 11, 7-15.

Sobre ciertas anomalías en la flexión nominal indoeuropea. *Emerita*, IX, 163-81.

Nota a *Emerita*, VII, 1939, págs. 146 y sigs. (Plat. *Phil.*, 66 a), *Emerita*, IX, 190-95.

Sobre los orígenes de los sentimientos políticos de Platón. *Revista de Estudios Políticos*, I, 397-412.

Papeletas de epigrafía líbica. I. Sobre la inscripción libiolatina de Tetuán, *Bol. Sem. Est. Arte y Arqueología*, VII, 67-71.

## 1942

Sobre un uso etimológico de *orgé* en Sóf. *Ant.*, 355, *Emerita*, X, 228-35.

Canarias y la lingüística indoeuropea, *Emerita*, X, 338-43.

## 1943

Antígona y el tirano o la inteligencia en la política, *Escorial*, núm. 27, 37-56.

Para la formación de la *Vita Marciana* de Aristóteles, sobre un nuevo fragmento en el códice Matritense 4676 (olim N 9), *Emerita*, XI, 180-200.

Etymologica *enkheie*, *enkhos*, *entea*, *entos*, *Emerita*, XI, 436-41.

Reseña de los papiros trágicos de Oxyrhynchus, XVIII, *Emerita*, XI, 436-41.

España en la obra de Tito Livio. Madrid, Quaderni dell' Istituto Italiano di Cultura in Spagna, 20 páginas.

Los signos silábicos ibéricos y las permutaciones del vascuence, *Emerita*, XI, 209-11.

Teodoro Mommsen, *Boletín del Instituto Alemán de Cultura*, XI, 28-33.

Un texto sobre los etruscos en España, *Correo Erudito*, III, 20.

## 1944

Papeletas de epigrafía líbica. II *bn-s*. III Un fragmento inédito de Tamuda, *Bol. Sem. Est. de Arte y Arqueología*, X, 33-52.

Ensayo sobre la estratigrafía de los dialectos griegos. I Primitiva extensión geográfica del jonio, *Emerita*, XII, 245-335.

## 1945

Fernán Núñez de Guzmán sobre el códice B de los Bucólicos griegos, *Emerita*, XIII, 41-48.

Notas sobre el vasco y el celta. (San Sebastián), *Boletín de la R. Soc. Vascongado de Amigos del País*, I, 31-39.

Papeletas de epigrafía líbica. IV: Sobre la W en el albabeto líbico, V: Una hipótesis sobre el origen del alfabeto líbico, VI: Nota a Marcy. Apéndice a la papeleta II, *Bol. Sem. Est. Arte y Arqueología*, XI, 69-80.

## 1946

Los estudios bereberes en relación con España, *Cuadernos de Estudios Africanos*, núm. 1, 113-121.

Sobre *porro:* la explicación de Pariente y los Indigitamenta, *Emerita*, XIV, 96 y sig.

Una interpolación en Plinio *Nat. Hist.*, VI, 36, 199 y siguiente, *Emerita*, XIV, 98 y sig.

Etimología de *Vascos*. Una explicación del sufijo *-en*, *Bol. R. Soc. Vasc.*, II, 46-56 y 149 y sig.

Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtíberos, *Bol. R. Acad. Española*, XXV, 7-42.

## 1947

Libros recientes sobre Sócrates, *Emerita*, XV, 215-21.

Obseruationes aliquot in Platonis Philebum. (Roma), *Orientalia Christiana Periodica*, XIII, 656-68.

Prehistoria lingüística de España. (Buenos Aires), *Cuadernos de Historia de España*, VIII, 140-47.

Über das Keltiberische und die anderen alten Sprachen Spaniens. (Uppsala), *Eranos*, XLV, 81-87.

Notas sobre la fijación de las invasiones indoeuropeas en España. (Valladolid), *Boletín del Sem. de Est. de Arte y Arqueología*, XIII, 21-35.

Lingüística y arqueología sobre los pueblos primitivos de España, *Anales de Arqueología y Etnología* (Universidad de Cuyo), VIII, 63-95.

Cruce vasco-arábico en esp. *de bruces*, port. *de bruços*. (Lisboa), *Boletim de Filologia*, VIII, 267-72.

Bibliografía de los estudios lingüísticos publicados en España (1936-46) (en colaboración con M. García Blanco). (Roma), *Cultura Neolatina*, VI-VII, 232-54; VIII, 155-70.

Los genitivos en *-ius* y la hipercaracterización en la morfología latina. (Coimbra), *Humanitas*, I, 17-24.

## 1948

Sobre la naturaleza de la Constitución de Atenas de Aristóteles con algunas notas críticas, *Revista de Estudios Clásicos* (Universidad Nacional de Cuyo), III, 153-66.

El Pseudo-Dionisio y Ammonio Sakkas, *Emerita*, XVI, 277-81.

La sonorización y caída de las intervocálicas y los estratos indoeuropeos en Hispania, *Boletín de la R. Academia Española*, XXVIII, 265-80.

El bronce de Luzaga y las teseras de hospitalidad latinas y celtibéricas, *Emerita*, XVI, 75-91.

Estado actual de los estudios de filología euskérica, *Bol. R. Soc. Vasc.*, IV, 3-30.

Sobre el género en vasco, *Bol. R. Soc. Vasc.*, IV, 542 y siguientes.

Papeletas de epigrafía líbica. VII Sobre el significado de *bn-s*. VIII Sobre el signo 8, *Bol. del Sem. de Est. de Arte y Arqueología*, XIV, 29-33.

Divagaciones sobre una filología hispánica, *Revista de la*

*Universidad de Buenos Aires*. IV época, año II, número 7, tomo III, vol. 1, 185-201.

Baquílides o la poesía antigua y moderna, *Finisterre*, II, 113-135.

1949

Otra vez Arquíloco fr. 67 D. (Buenos Aires), *Anales de Filología Clásica*, IV, 345-47.

Nuevas gentilidades y respuesta sobre el tema de los indoeuropeos de Hispania, *Anales de Filología Clásica*, IV, 353-56.

Aún sobre el texto de los bucólicos (Apostillas a la edición romana de Gallavotti), *Anales de Filología Clásica*, IV, 15-89.

Semántica y etimología en el guaraní. (Bogotá), *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, V, 41-51.

Sobre la estirpe de Séneca. (Coimbra), *Humanitas*, II, 249-53.

A propósito del vascuence *mando* y *beltz* y los nombres de Mandonio e Indíbil. (San Sebastián), *Homenaje a Don Julio de Urquijo*, I, 109-18.

Pre-Indoeuropeans, pre-Celts and Celts in the Hispanic Peninsula. (Philadelphia), *Journal of Celtic Studies*, I, 11-23.

Un nuevo trabajo de Menéndez Pidal sobre el problema vasco-ibérico. (Buenos Aires), *Filología*, I, 55-58.

Las monedas saguntinas y otras notas sobre inscripciones ibéricas, *Bol. Sem. Est. de Arte y Arqueología*, XV, 25-34.

Sobre los problemas del vasco y del ibérico (Comentarios al Prof. Menghin y a otros trabajos), *Cuadernos de Historia de España*, XI, 124-38.

Los nombres de hermano y hermana en vasco, *Bol. R. Soc. Vasc.*, V, 11-14.

1950

Una inscripción ibérica con nombres indoeuropeos en Ibiza. Madrid, *Cuadernos de Historia primitiva*, V, 68-70.

Lingüística y arqueología. La conquista del mediodía de Europa por los indoeuropeos. (Mendoza), *Anales de arqueología y etnología*, X, 77-104.

Algunas consideraciones sobre los nombres de divinidades del oeste peninsular (en colaboración con Joaquín María de Navascués). (Lisboa), *Miscelânea à memoria de Francisco Adolfo Coelho*, II, 178-191.

Papeletas de epigrafía líbica. IX. Revisión de trabajos anteriores a la vista del Recueil des Inscriptions libyques de J.-B. Chabot. (Valladolid), *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XVI, 11-15.

Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en nuestra Península, *Zephyrus*, I, 33-37.

Ensayo de caracterización de la lengua guaraní, *Anales del Instituto de Lingüística* (Universidad Nacional de Cuyo), IV, 114-26.

## 1951

El verdadero fin de la utopía platónica. (Madrid), *Estudios Clásicos*, II, 73-80.

La sonorisation et la chute des intervocaliques phénomène latin occidental. (París), *Revue des Etudes Latines*, XXIX, 102-120.

Sobre la fecha del alfabeto ibérico, *Zephyrus*, II, 97-101.

Les noms de personnes de l'Hispania pré-romaine, Troisième congrès international de toponymie et d'anthroponymie. (Lovaina), *Actes et mémoires*, III, 787-793.

Le substrat pré-latin de la Péninsule ibérique. (París), *Actes* du Premier Congrès de la Fédération internationale des Associations d'Etudes Classiques, 49-60.

Sobre supervivencias del silabismo minoico en ibérico y otros albafetos, *Minos*, I, 61-70.

Augusta Vindelicum y el celta en el latín, *Emerita*, XIX, 235 y sigs.

Léxico de las inscripciones ibéricas (celtibérico e ibérico), *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, II, 273-323.

Ezker, esku, *Bol. R. Soc. Vasc.*, VII, 453-55 y 583.

Un capítulo de lingüística general. Los prefijos posesivos en lenguas del Chaco y la lucha entre préstamos mor-

fológicos en un espacio dado, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XX, 369-403.

Investigaciones sobre la onomástica de la Hispania prerromana. (Lovaina). *Onoma*, II, 36 y sigs.

## 1952

El gerundivo y la relación entre sustantivo y adjetivo. (Buenos Aires), *Anales de Filología clásica*, V, 49-60.

Los Pirineos y las lenguas prelatinas de España. Zaragoza, Primer Congreso Internacional del Pirineo del Instituto de Estudios Pirenaicos, 8 págs.

Para un suplemento al Indogermanisches Etymologisches Wörterbuch de J. Pokorny, *Anales de Filología Clásica*, V, 151-153.

Algunas observaciones a los primeros capítulos de la Historia de la lengua española de R. Lapesa, *Anales de Filología Clásica*, V, 155-57.

Sobre la cronología de la sonorización y caída de intervocálicas en la Romania occidental, *Homenaje a Fritz Krüger*. Universidad Nacional de Cuyo, I, 9-15.

La obra de don Resurrección María de Azkue, Edición-recuerdo de la velada necrológica celebrada en Bilbao, págs. 21-46.

Las monedas de Obulco y los celtas en Andalucía, *Zephyrus*, III, 219-221.

El vascuence y la fonología, *Boletín R. Soc. Vasc.*, VIII, 49-51.

Una antigua inscripción vasca con el nombre de Dios (en colaboración con José Antonio Basanta), *Bol. R. Soc. Vasc.*, VIII, 181-83.

La escritura hispánica y los orígenes del alfabeto, *Bol. del Sem. de Est. de Arte y Arqueología*, XVIII, 15-19.

Una inscripción latino-vulgar de Valencia de don Juan (en colaboración con Virgilio Bejarano), *Bol. del Sem. de Est. de Arte y Arqueología*, XVIII, 21-24.

Observaciones sobre escrituras tartesias, (Valencia), *Archivo de Prehistoria Levantina*, III, 257-62.

Parentescos del vancuence, *Zamárraga*, 1952, núm. 1, 74-79.

1953

Mir. *léth lam* 'Eine der beiden Hände', Übersetzung aus dem Substrat. (Tübingen), *Zeitschrift für Celtische Philologie*, XXIV, 188-200.

Respuesta a Aditz-aia, *Bol. R. Soc. Vasc.*, IX, 227 y sigs.

Basque and ints relationship to Caucasian and North-Eurasian. (Miami), *International anthropological and linguistic Review*, 1, 81-86.

1954

Bibliographia onomastica 1953. Espagne, en colaboración con M. García Blanco y A. Badia. *Onoma*, V, 183-188.

Presente y futuro de los estudios clásicos, *Revista de Educación*, año III, vol. VII, 1-7.

Notas críticas a la *Retórica* de Aristóteles, *Emerita*, XXII, 1-34.

Vientos y aves de presa. *Aquilo. Circius, Vulturnus.* (Buenos Aires), *Anales de Filología clásica*, VI, 239-44.

Linguistics and Prehistory. (Nueva York), *Word*, X, 333-350.

El sufijo *-ko:* indoeuropeo y circumindoeuropeo. (Turín-Florencia), *Archivio Glottologico Italiano*, XXXIX, 56-64.

Numerales indoeuropeos en Hispania, *Zephyrus*, V, 17-22.

Sobre el planteamiento del problema vasco-ibérico. (Oviedo), *Archivum* IV, Miscelánea filológica en memoria de Amado Alonso, 220-31.

Etimología de vasco *gaur* 'hoy'. (Universidad de Toulouse), *Via Domitia*, I, 106-108.

Erdera - Media lengua, *Bol. R. Soc. Vasc.*, X, 141-43. (= *Anuario del Seminario de Filol. vasca*, 1, 1-3.)

La lengua vasca. *Humanitas*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, II, 15-25.

La Cátedra Larramendi de la Universidad de Salamanca. *Zumárraga*, 1954, núm. 3, 11-34.

1955

*Cantabria prerromana, o lo que la lingüística nos enseña sobre los antiguos Cántabros*. Madrid, Publicaciones de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 2.

Dos notas críticas: Eur. *Bac.* 1152 y Plat. *Gorg.* 482 b, Universidad de Chile, *Boletín de Filología*, VIII, 461-63.

Sobre las escrituras tartesia, libio-fenicia y del Algarbe, *Zephyrus*, VI, 273-283.

Los Ilirios, de nuevo, *Zephyrus*, VI, 194-97.

Metodología sobre onomástica celta, *Zephyrus*, VI, 197 y siguientes.

Notas epigráficas sobre objetos del Museo Arqueológico Nacional, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXI, 577-83.

Cuatro inscripciones líbicas inéditas del Museo Arqueológico de Tetuán. Tetuán, *Actas del I Congreso Arqueológico del Marruecos Español*, 437-42 (en colaboración con M. Tarradell).

Sustratos hispánicos y la inflexión románica en relación con la infección céltica. Barcelona, VII Congreso internacional de lingüística románica. Tomo II de *Actas y Memorias*, 387-399.

Latín vulgar, latín de Hispania. (San Paulo del Brasil), *Jornal de Filología*, III, 81-86.

1956

Randnoten zu Euripides' Andromache. (Heidelberg), *Gymnasium*, LXIII, 78-81.

Loci Propertiani. Bruselas, *Hommages à Max Niedermann*, Collection Latomus, XXIII, 324-328.

Un discurso y dos intervenciones en el Congreso de Lingüistas de Londres de 1952. En los *Proceedings* del mismo, págs. XLV-XLVIII, 446 y sigs., 492.

La inscripción grande de Peñalba de Villastar y la lengua celtibérica, *Ampurias*, XVII-XVIII, 159-68.

La etimología vasca de abarca. Bilbao, *Euskera*, 1, 23-25.

Extensión de la lengua ibérica en Andalucía, *Zephyrus*, VII, 81-83.

El problema de las etimologías en el vascuence. (Bilbao), *Zumárraga*, núm. 6, 91-98.

Hispania en la historia de la escritura. Para la delimitación epigráfica del concepto de lo tartesio, Buenos Aires, *Anales de Historia antigua y medieval*, 1956, págs. 7-14.

## 1957.

Etymologisches über myk. *te-u-ta-ra-ko-ro* 'Orseillesammler, Färber', *Münchener Studien zur Sprachwissenschaft*, X, 77-83.

Las invasiones indoeuropeas, problema estratigráfico. (Universidad de Salamanca), *Zerphyrus*, VIII, 77-83.

Ilirios en Hispania. (Heidelberg), *Beiträge zur Namenforschung*, VIII, 278-280.

Indo-European Layers in the Hispanic Peninsula. (Oslo, 1957), *Reports for the Eighth International Congress of Linguists*, vol. I, 168-183, impreso en los *Proceedings*, 705-720.

Nochmals Jonier und Achäer im Lichte der Linear-B-Tafeln. (Viena, 1957), MNHMHS XAPIN *Gedenkschrift Paul Kretschmer*, II, 188-193.

Bulletin d'information et de bibliographie. "Espagne" (en colaboración con M. García Blanco y A. Badía Margarit). (Lovaina), *Onoma*, VI, 215-218.

## 1958

Discurso pronunciado en la sesión de clausura del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos, Madrid, *Actas del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos*, 1956, págs. 599-609.

Das Keltiberische, ein neuer Zweig des Festlandkeltischen, *Kratylos*, III, págs. 1-14.

Esp. *amarraco*, vasc. *amar*, amai, y el topónimo Amaya. Tübingen, en *Etymologica, Walther von Wartburg zum siebzigsten Geburtstag*, págs. 831-34.

Topónimos con -nt- en Hispania, y el nombre de Salamanca. Salamanca, *Actes et Mémoires du Cinquième Congrès International de Sciences Onomastiques*, II, 95-116.

Las lenguas primitivas de Península hispánica, *Cahiers d' histoire mondiale*, IV, Neuchâtel, Editions de la Baconnière, 291-309.

El signo micénico 81 = *qe*. Berlín, *Minoika, Festschrift zum 80. Geburtstag von Johannes Sundwall*, Akademie-Verlag, págs. 402-405.

Los sufijos con *-rr-* en España y fuera de ella, especialmente en la toponimia (en colaboración con don R. Menéndez Pidal), *Bol. de la R. Academia Española*, 38, 161-214.

Una petición de socorro de los griegos de Maina a Felipe II en 1584-85. (Madrid), *Boletín de la R. Academia de la Historia*, CXLII, 343-363.

Etimologia céltica de *muga*. Halle (Saale), *Romanica, Festschrift für Gerhard Rohlfs*, 449-454.

Un fragmento de inscripción griega de Alicante. *Arch. esp. de Arqueología*, XXXI, 178.

Sobre el origen de la escritura ibérica. *Arch. esp. de Arqueología*, XXXI, 178-181.

## 1959

Geminados semánticos en vascuence. Napoli, Univ., Istituto di Glottologia, *Ioanni Dominico Serra ex munere lacto inferiae*. Raccolta di studi linguistici in onore di G. D. Serra, 367-371.

Lenguas prerromanas no indoeuropeas: testimonios antiguos. Lenguas prerromanas indoeuropeas: testimonios antiguos. Capítulos en la *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, I, 5-6, 101-26.

Las inscripciones celtibéricas de Peñalba de Villastar. *Emerita*, XXVII, 349-65, con XXIII láminas (y observaciones de M. Gómez-Moreno).

Some passages of Euripides' Hecuba in the light of new text research. (Cambridge, Mass.), *Greek, Roman, and Byzantine Studies*, II, 129-35.

El poeta Ovidio en su milenario. (Tucumán), *Humanitas*, año VII, núm. 12, 13-33.

## 1960

Deux notes sur Properce. Bruselas, *Hommages à Léon Herrmann*, Collection Latomus, vol. XLIV, 728-730.

Notas de campo sobre el idioma mataco. (Tucumán, 1958), *Revista del Instituto de Antropología*, IX, 7-18.

Fonología del ibérico. Universidad de la Laguna, *Miscelánea Homenaje a André Martinet, Estructuralismo e historia*, III, 171-181 (publ. en 1962).

Algunas notas sobre un idioma del Chaco: el chulupi. (Bologna), *Quaderni dell' Istituto di Glottologia*, IV, 55-58 (en colaboración con R. P. Binda).

## 1961

La decadencia de la *polis* griega. Madrid, *Problemas del mundo helenístico*, Cuadernos de la Fundación Pastor, 11-36.

El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones del vascuence, *Bol. de la R. Sociedad Vasc.*, XVII, 249-281 (en colaboración con K. Bouda, R. Lafon, L. Michelena, W. Vycichl, M. Swadesh).

Bosquejo de un mapa tipológico de las lenguas de América del Sur. (Bogotá), *Thesaurus, Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, XVI, 452-470.

Talleres y oficios en el palacio de Pylos: *teojo doero -ra* doméstico, -a del rey', *Minos*, VII, 101-22.

La segunda edición de la *Histoire de l'Ecriture* de J. G. Février, o revisión de los progresos de once años, *Archivo Español de Arqueología*, XXXIV, 219 y sig.

L'Incorporation du Nouveau Monde à la culture occidentale, *Cahiers d'Histoire Mondiale*, VI, 833-856.

## 1962

Los préstamos en mataco: contacto de español y lenguas indígenas, *Strenae. Estudios de filología e historia dedicados al Prof. M. García Blanco* (Acta Salmanticensia), 461-68.

On the Validity of Glottochronology. A Comment, *Current Anthropology*, III, 146.

Revisión del tema de las lenguas indígenas de España y Portugal. Figueira da Foz, 1962, *Miscelânea de Estudos a Joaquim de Carvalho*, núm. 8, págs. 784-794.

Lengua y escritura en el Sur de España y de Portugal. *Zephyrus*, XII, 187-96.

Nota sobre el arzobispado de Bulgaria en un manuscrito griego de Salamanca, *Emerita*, XXX, 1-7.

Papeletas de geografía turdetana. Murcia, *Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina*, 1961-62, 813-19.

Los sufijos españoles en *-z*, y especialmente los patronímicos (en colaboración con R. Menéndez Pidal), *Boletín de la R. Academia Española*, XLII, 371-460.

La lámina de oro de Còmiso y su relación con la escritura ibérica. (Palermo), *Saggi e ricerche in memoria di Ettore Li Gotti*, III, 276-279.

Baedro ( y no Baebro) en Plinio y epigrafía de la región de los Pedroches, *Zephyrus*, XIII, 105 y sigs.

## 1963

Español, lenguas generales, lenguas tribales, en América del Sur, Madrid, *Homenaje a Dámaso Alonso*, vol. III, págs. 509-25.

Les traces linguistiques celtes dans la Péninsule Hispanique, *Celticum*, VI, Actes du Troisième Colloque International d'Etudes Gauloses, Celtiques et Protoceltiques, 381-403.

## 1964

Notes on the Text of Propertius, *Classical Philology*, LIX, 34-37.

On the Position of the Linear B Dialect, *Mycenaean Studies*, ed. by E. L. Bennett Jr., Madison, The University of Wisconsin Press, 141-46.

El grupo mataco y su relación otras lenguas de América del Sur, XXXV Congreso Internacional de Americanistas, México, 1962. *Actas y Memorias*, II, 439-52.

Relación entre las lenguas del grupo mataco. Madrid-Sevilla, *Homenaje a Fernando Márquez Miranda*, 370-77.

Les celtes en Bétique, *Etudes Celtiques*, X, 354-73.

Español y lenguas indígenas; algunos ejemplos, *Presente y futuro de la lengua española*, II, 245-57.

Tartessos en la historia y en la epigrafía. Madrid, *Actas del Segundo Congreso Español de Estudios Clásicos*, 596-601.

## 1965

Ponencia para el Coloquio sobre la teoría política de Sócrates y Platón, *Estudios Clásicos*, IX, 69-75.

Oratoria en la poesía de Propercio (IV, 11, 55, con una nota a IV, 4, 94). Barcelona, *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, I, 183-187.

Bibliographie onomastique. España. Con M. García Blanco, B. Pottier, R. Lafon, *Onoma*, XI, 56-60.

## 1966

Azkue gramático, en *Don Resurrección María de Azkue lexicógrafo, folklorista y gramático*. Conmemoración del centenario del filólogo vasco, perteneciente a la Real Academia Española. Por Michelena - Caro Baroja - Tovar. Publicaciones de la Junta de Cultura de Vizcaya, Bilbao. Págs. 57-80.

La lengua vasca en el mundo occidental preindoeuropeo. *Problemas de la prehistoria y de la etnología vascas.* V Symposium de prehistoria peninsular bajo la dirección del Dr. D. Juan Maluquer de Motes. Instituto de arqueología y prehistoria, Universidad de Barcelona; Diputación foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana. Pamplona, 1966. Págs. 287-95.

Notas de campo sobre el idioma chorote. Sevilla, *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, Actas y Memorias, II, 221-227.

Genealogía, léxico-estadística y tipología en la comparación de lenguas americanas, *ibid.*, 229-238.

Aspectos de la Helena de Eurípides, *Estudios sobre la tragedia griega.* Madrid, Cuadernos de la Fundación Pastor, núm. 13, págs. 105-138.

La religión y la originalidad de Séneca, *Historia*, N. S. IV, núms. 1-2, págs. 9-21, Sociedad Nacional Honoraria de Historia. Universidad de Puerto Rico.

El vascuence y Africa, *Boletín de la R. Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, XXII, 303-306.

Más conexiones precélticas en hidrónimos y orónimos de Hispania. Universidad de Valladolid, *Homenaje al Prof. Alarcos*, 81-88.

## 1967

L'inscription du Cabeço das Fraguas et la langue des Lusitaniens, *Études Celtiques*, XI, 237-268.

Interludio: el Otro. Univ. Nac. del Sur. Bahía Blanca, *Cuadernos del Sur*, núms. 6-7, julio 1967, págs. 1-6.